

VERA BARCLAY

**EL LOBATISMO
Y LA
FORMACIÓN DEL CARÁCTER**

El Libro EL LOBATISMO Y LA FORMACION DEL CARACTER se hallaba agotado desde hacía varios años. Es una obra clásica del lobatismo y su reedición se hacía necesaria.

Agradecemos a Vera BARCLAY habernos autorizado a publicarlo de nuevo. También habernos autorizado la adaptación de determinados pasajes: para algunos puntos precisos, como la Ley y el uniforme, no hemos efectuado una simple traducción, sino que hemos reemplazado el texto inglés por el texto oficial francés.

En cambio, en todo el conjunto del Libro -y esto es uno de sus encantos-, encontraréis un perfume del lobatismo inglés que se diferencia por matices imponderables del que practicamos habitualmente.

EL EDITOR DE LA VERSION FRANCESA

La versión castellana que presentamos, realizada con la autorización de la autora, es traducción de la versión francesa. Únicamente se han reemplazado los textos de la Ley, de la Promesa y del Lema por las formas habituales en los países de lengua castellana.

EL EDITOR DE LA VERSION CASTELLANA

PREFACIO DE LA AUTORA

Este libro no es un manual. No hay más que un manual sobre el sistema de lobatos, y es el The Wolfs Cub's Handbook, escrito por B.-P.- En el caso presente, tampoco se trata de un comentario práctico del libro del lobato, ya que éste fue mi intento al escribir "Cómo guiar una manada". Aquí sólo presento una serie de reflexiones sobre los objetivos que debe alcanzar nuestro trabajo; sobre lo que con él se puede alcanzar, si se ponen realmente en práctica las ideas de B.-P.-; sobre los resultados que de hecho se han obtenido, tal como yo misma he podido constatar en muchas manadas.

Por consiguiente, este estudio no es un "Liber Textus", sobre cuya base podáis establecer vuestros programas. Lo único que pretende, es haceros reflexionar, incitaros a actuar, fortificar vuestra fe en el esculatismo. Tampoco pretende ofrecer un programa sintetizado de formación del carácter. Este estudio no es más que unas meditaciones, unas sugerencias a propósito del lobatismo. Si os parecen fragmentarias y deshilvanadas, tened presente que fueron escritas en los momentos libres que gozaba durante jornadas muy llenas de trabajo, garabateándolas sobre mis rodillas durante un viaje en autobús o en las salas de espera, en mis andanzas a través de la jungla para ir a visitar tal o cual manada, que tal vez fuera la vuestra.

V. C. B.

CAPITULO 1

INTRODUCCION

1. EL PUNTO DE VISTA DE LOS NIÑOS

El mundo moderno, aficionado a las experiencias y a las innovaciones, ha inventado toda una serie de métodos de educación. Pero a buen seguro que el secreto del éxito en educación (y aquí empleo este término en su sentido más amplio) radica en abordar la vida y todas sus complejidades situándose simplemente desde el punto de vista de los niños.

Porque los niños tienen un punto de vista propio, un conjunto de motivaciones, una forma de razonar, unas aptitudes, unas características mentales y físicas, unos afectos y unos odios, y un delicioso no sé qué, que podríamos denominar el genio de la infancia. Naturalmente, de un niño a otro, hay unas diferencias considerables, pero el genio de la infancia que es común a todos ellos, es algo mucho más netamente definido que todo lo que de común puedan tener los adultos. Para tratar de las personas mayores “en bloque”, hay que agruparlas previamente según su clase social, su profesión, su religión, o cualquier otro principio de clasificación. A los niños, basta con considerarlos como un grupo de niños. El éxito que se consiga con ellos dependerá, pues, de la medida en que uno mismo continúe siendo niño, de la medida en que haya captado claramente lo que es esencial en la infancia.

¿Cuáles son estos caracteres esenciales? Describir la infancia, equivale a intentar describir con exactitud un amanecer de junio. Todo cuanto se puede hacer, es mencionar algunos puntos que nos servirán de jalones indicadores en esta tierra desconocida.

En primer lugar, lo que llena el espíritu del niño, es el juego. Para comprender a los niños hay que tener un conocimiento intuitivo o razonado de lo que es el juego. Sin embargo, el “juego” es una de esas palabras que han sido asesinadas por las personas mayores de nuestro tiempo, al igual que otras muchas incluyendo “religión”, “arte”, “poesía”, “matrimonio” y “amor”, hasta el punto de que se considera ya este cuerpo sin alma, con el ser viviente mismo. Por consiguiente, cuando las personas mayores y los niños hablan de “juego”, aun siendo una misma palabra, no expresan en modo alguno una misma cosa.

En el curso de esta obra, intentaré describir la diferencia que existe entre lo que los niños denominan juego, y lo que las personas mayores entienden con este mismo término. Ahora, me limitaré a señalar algo que ya repetiré más adelante: el juego no es una determinada forma de actividad a la que los niños se entregan a intervalos, sino que es el resultado visible y concreto de su estado de espíritu habitual.

Si el juego ocupa un primerísimo lugar en el espíritu del niño, el trabajo (me refiero al verdadero trabajo) tiene también un lugar en el mismo, lugar mucho más honroso que el que ocupa de ordinario en el espíritu del adulto.

Si el niño odia el trabajo es porque lo asocia mentalmente a lo que en su escuela se denomina trabajo, o a la profesión que impide a su madre permanecer todo el día en su casa, o al sistema contra el que se declara en huelga su padre. Si un artista le explicara a un muchacho lo que él considera trabajo, el muchacho también se sentiría entusiasmado por el trabajo. Conozco a un chico de once años, hijo de un agricultor, que prefiere el trabajo a cualquier otra cosa. De hecho, los niños son los trabajadores más entusiastas del mundo, desde el momento que el trabajo se entiende y se les da a entender como una actividad ordenada a la obtención de un resultado bien definido. Lo que les impele al trabajo, es el deseo de producir algo.

Los niños, como he dicho, poseen ciertas aptitudes que a menudo encuentran a faltar en personas mayores. Ellos distinguen sin vacilación la verdad de la mentira. Depositán una fe ciega en lo que les enseña una autoridad digna de confianza. Se entregan a la vida, a las cosas y a las personas con un interés tan vivo, que desaparece completamente cualquier repliegue sobre sí mismos. Su imaginación y su simpatía son tan fuertes, que cualquier relato (sobre todo si se les explica) es capaz de subyugarles por entero y producirles una vivísima impresión. Tienen una generosidad auténtica y sin mácula, un sentido de la justicia muy claro, una fe inquebrantable en la bondad y la ternura de dios.

De sus características mentales y físicas, hay que señalar una constante necesidad de cambio de ocupaciones a intervalos frecuentes, una incapacidad de permanecer tranquilos y silenciosos, y ello en favor de un espíritu constantemente activo; una intensa necesidad de experiencias que se traduce por la curiosidad, el placer que ellos experimentan al ir a lugares que les son nuevos, el deseo de pasar por experiencias de toda clase (que es lo que generalmente acostumbramos a calificar como travesuras y fechorías de los niños)

Los niños gustan de los otros la bondad sincera, la ausencia de egoísmos y la lealtad. Detestan y desprecian la hipocresía, los convencionalismos (y todas las formas de cobardía), la molicie y la injusticia...

Los niños poseen algo que se asemeja a lo que es propio de los animales jóvenes y las flores primaverales: un “genio” que casi nunca se encuentra en las personas mayores.

Así son, pues, los niños, y la educación, en el sentido en que yo la entiendo en este libro.

La educación consiste en hacer pasar a los niños por una serie de experiencias, en darles una cierta dosis de conocimientos; en crear en ellos unos determinados hábitos y en formar su carácter, a fin de que queden equipados para vivir su vida de tal forma que puedan un día abandonar este mundo mejorados y “ser eternamente felices de Dios en el otro”.

Pero para todo eso, es preciso conseguir la cooperación del propio niño, lo cual supone que hayáis conquistado sus deseos, su interés, su voluntad. El viejo sistema de educación (y aquí, entiendo por educación el hecho de criar a los niños en general) –que no está tan pasado de moda como muchos imaginan- parece haber sido creado, en muchos de sus puntos, para producir un

resultado exactamente contrario a esta obtención de la colaboración del niño, ya que ignora, o se opone a muchas de las características de la infancia. Estas características, evidentemente, pueden convertirse muy fácilmente en defectos enojosos, pero el hecho de ignorarlas no es ninguna solución.

La única forma de educar realmente al niño, de sacar todo el partido posible de sus magníficas cualidades, es utilizarlas; es adaptar la educación a la manera de ser de los niños; es contemplar todas las cosas desde su punto de vista, es servirnos de sus motivaciones, de sus razonamientos, de sus aptitudes, y no de los del maestro o del Consejo de Instrucción Pública, o ni siquiera de la mamá; es tener en cuenta sus características mentales y físicas; es reparar en sus simpatías y antipatías; es intentar -¡esto por encima de todo!- ayudarles a conservar siempre este espíritu infantil, puesto que nuestro Señor dijo: “Si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt 18, 3).

El problema se reduce a: ¿cómo hacerlo?

Se han intentado muchas soluciones. A mi parecer, la respuesta que dio B.-P.-, inventando el lobatismo, es la más satisfactoria hasta el momento.

Por consiguiente, en este libro se intenta demostrar cómo la formación mediante el lobatismo puede ser un método muy completo de educación o, para emplear un término más explícito, de formación del carácter.

Este librito se ha escrito para dos clases de personas: quienes se interesan por la educación en el sentido más amplio de la palabra, pero que todavía no han pensado en el lobatismo, y quienes se han entregado de todo corazón al movimiento scout.

Mi más vivo deseo es llegar a persuadir a los primeros para que ensayen el sistema, y convencer a los segundos para que se tomen muy en serio el juego del lobatismo dándose cuenta de que sus actos más simples tienen consecuencias muy lejanas. Y cuando hablo de tomarlo en serio, no pretendo que sea con solemnidad o ceremonial.

Para tener éxito como jefes de manada, debe gustaros sentaros en el suelo en medio de un grupo de lobatos ávidos de escucharos. Será preciso que sepáis entusiasmaros con mil cosas totalmente insignificantes; que estéis dispuestos a reír a menudo, y a permanecer a veces terriblemente serios y graves en un momento en que tenéis unas ganas locas de reír. Para tener éxito en vuestra tarea, es preciso que os entreguéis a ella seriamente y que hagáis todo “cuanto podáis”.

Hacer cuanto podáis poniendo los ojos bien abiertos, resulta mucho más divertido que hacerlo a ciegas: ¡cualquier lobato de dos estrellas os lo dirá! Ésta es la razón por la cual he intentado, en estas páginas, poner de manifiesto el “porqué” y el “cómo” de todos los detalles de nuestro método.

2. ALGUNAS EXPLICACIONES PARA LOS PROFANOS

“El método para niños” creado por Lord Baden-Powell, es, como ya he dicho, un sistema de escultismo para los más jóvenes, pero totalmente diferente del escultismo propiamente dicho que se destina a los adolescentes y a los preadolescentes. El “lobatismo” es un sistema completo en sí mismo, lleno de vitalidad, de ideas y de ideales, caracterizado por un espíritu propio, y con unos métodos distintos; y, además, obtiene unos resultados muy concretos.

En el apartado precedente, he señalado que nuestro objetivo en el campo de la educación debe ser la utilización de las características del niño, antes que reprimirlas, puesto que éste es el medio más seguro para obtener su colaboración. Y he aquí que esta utilización del carácter del niño, es lo que confiere al lobatismo su nota distintiva, y la única razón de este opúsculo es llegar a exponer un sistema que pone en práctica las ideas admitidas por todos los auténticos educadores.

Aquí trataré de los niños en sus ratos de ocio. Por ello, lo que aquí diré será probablemente, al menos en gran parte, inaplicable en la escuela, aunque cualquier sistema que se preocupe por los niños debe interesar de algún modo a los educadores. Además, quienes se ocupan realmente de los niños que son “suyos” durante las horas de clase, deben preocuparse -y mucho- de la forma como éstos emplean las horas de recreo. Intentaré, por tanto, describir a grandes rasgos el objetivo y los métodos del lobatismo.

Para mayor claridad, empecemos por indicar brevemente los puntos principales de esta organización.

Una manada se compone de un número variable (de doce a veinticuatro) niños de ocho a once años, confiados a un jefe de manada, hombre o mujer, que a su vez es ayudado por uno o varios adjuntos o ayudantes. La manada se divide en grupos de seis niños (o “seisenas”), que están bajo la responsabilidad de uno de ellos, llamado “seisenero”.

Las reuniones tienen lugar una vez por semana, el jueves o el sábado por la tarde, y un domingo entero cada mes.

Toda la manada está afiliada al movimiento scout, y está integrada en el correspondiente distrito scout. De vez en cuando, participa en las competiciones del distrito y en otras fiestas scouts. Sin embargo, la manada es totalmente autónoma en lo que se refiere a su organización interna.

Algunas manadas dependen de una parroquia o de una institución, y otra están abiertas a todo el mundo.

Los lobatos usan un uniforme ya establecido: pantalón corto y jersey azul marino, pañoleta de color, boina e insignias de capacidad.

El nombre de “lobato”, que nos puede producir una cierta extrañeza a los que estamos acostumbrados al simbolismo del lobo y el cordero, se debe a que B.-P.- tomó como tema y fundamento de su método el delicioso cuento de Mowgli que figura en *The Jungle Book* de Rudyard Kipling, del mismo modo que tomó como fondo pintoresco del escultismo, la vida del colonizador y del cazador de América del Norte. La historia de los moradores de la selva, en la cual el lobo juega un gran papel, está llena de sabias lecciones y de un ideal muy humano que “habla” con viveza a la imaginación de los niños.

¿Cuál es el fin que persigue un jefe de manada al consagrarse voluntariamente a esta dura tarea?

Distingamos dos categorías: el fin próximo y el fin lejano.

El fin próximo (cada día lo estoy comprobando más y más) es proporcionar al niño una dosis de alegría y felicidad, de esta auténtica felicidad que es patrimonio de la infancia. Recordemos que el jefe de manada lo contempla todo desde el punto de vista del niño: por ello, la disposición de espíritu del niño, de por sí alegre, exige divertirse y gozar de las cosas. Haced la escuela divertida, y él gustará de la escuela. Dadle una religión alegre, y amará la religión. En cambio, haced que el juego sea obligatorio, erizado de reglamentaciones y prohibiciones, y veréis como acoge con desgana el juego y todos los pretendidos “recreos” o “esparcimientos” que podáis “organizar para él”.

El objetivo de su vida es divertirse. No se trata de egoísmo: no hay ocupación más feliz para un niño que estar ayudando a alguien. Ésta es, de hecho, su filosofía de la existencia. Una vez sorprendí a un seisenero que decía a sus compañeros que la “buena acción” diaria de un lobato no era “una auténtica buena acción”, si no se tenía ganas de hacerla. Tal vez este sentimiento no concuerde totalmente con los principios del ascetismo cristiano, pero tengo la impresión de que se parece mucho a la alegría y a la espontaneidad de ciertos santos.

Por consiguiente, el principal objetivo de la manada es hacer jugar a los niños. Y como que el objetivo casa perfectamente con las disposiciones propias de los niños, tenéis asegurada, desde buen principio, su plena y total colaboración: se entregarán de todo corazón. Pero es preciso que tengáis una idea clara de lo que significa divertirse.

El placer no se obtiene a precio de oro, y un pastel, una tarta de confitura, o una pantomima no constituyen para el niño el colmo del placer, contrariamente a lo que ciertas personas imaginan. No; cuando afirmamos que nuestro objetivo es divertirse, ello no significa en modo alguno que seamos una sociedad organizadora de fiestas escolares permanentes. Estamos muy lejos de esto; los extras y las excursiones son escasos. Nuestro objetivo es, simplemente, que en el programa de la manada no haya nada que no divierta plenamente a los lobatos: tal es el secreto de nuestro éxito. Y hasta qué punto es fácil divertirlos, lo veremos cuando pasó a describir lo que los lobatos hacen. Basta con hacerlo todo según el modo de actuar de los niños, hacer que todo resulte alegre e interesante, e invocar como únicas motivaciones el amor y el entusiasmo.

Evidentemente, en el programa no hay materias desagradables (¡como la aritmética!), pero a pesar de ello algunas de las pruebas resultan bastante difíciles y la mayor parte de nuestros temas son realmente educativos. Sin embargo, constituyen una fuente de auténtica diversión para nuestros lobatos.

Me he alargado un poco en explicar lo que podríamos denominar nuestro objetivo principal, ya que éste está íntimamente ligado a lo que he llamado, en nuestros métodos, “el modo de actuar de los niños”, y dado que es como la luz del sol que dora ligeramente todo el panorama donde se desarrolla la vida de nuestros lobatos. Nuestro fin lejano resulta todavía más respetable. También éste es propio de los niños; lo reclaman con entusiasmo, a pesar de darle otros nombres. Nuestro objetivo verdadero, real, último, es la formación del carácter.

He aquí el tema de este libro.

CAPITULO II

LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

Se usa y se abusa de la expresión, pero ¿se repara la mayoría de las veces en su esencia misma y en sus resultados a largo plazo?

Hay que admitir, cualesquiera que sean nuestros puntos de vista sobre la influencia de la herencia o del medio ambiente, que no nacemos con un carácter totalmente formado. Nacemos, ciertamente, con determinadas tendencias, pero nuestro carácter se va formando gradualmente a través de mil influencias: lo que nos rodea, las otras personas, los libros que leemos y los principios que aceptamos como fuerzas directrices de nuestra vida. “La relación entre la escultura y un bloque de mármol, es análoga a la de la educación y el alma humana”, dijo Addison, y sin duda éste no entendía por educación la vida escolar, sino esa educación de la vida de la que es parte el escultismo.

Tal vez uno de los agentes principales de la formación del carácter sea el hábito. Y precisamente porque los hábitos parecen hechos de cositas insignificantes, la gente no comprende el poder que éstos tienen. La infancia es la primavera en la que los hábitos empiezan a germinar, y los hábitos de la infancia constituyen aquel edificio indestructible del carácter que persiste mientras dura la personalidad.

Por eso, quienes trabajamos sobre los niños debemos recordar siempre que estamos formando hombres; que los buenos hábitos que enseñamos, que los malos hábitos que enseñamos o que no alcanzamos a corregir, no son el hecho efímero de un día: son como las gotas de agua calcárea que, poco a poco, van formando las estalactitas y estalagmitas.

Precisamente porque el desarrollo del carácter es tan importante, B.-P. le dio un lugar preeminente en el escultismo: muchas de sus actividades ayudan a esta formación, unas directamente, otras indirectamente. Lo que equivale a decir que algunos aspectos del escultismo tienen como objetivo directo y resultado inmediato el desarrollo del carácter, en tanto que otros tienen simplemente como objetivo la diversión de los niños, su desarrollo físico, la disciplina o la adquisición de determinados conocimientos y constituyen, indirectamente, pero en gran medida, un aspecto más de la formación del carácter. Es importante definir claramente el doble resultado hacia el que apunta nuestro escultismo; ello nos ayudará a mantener un justo equilibrio entre sus diversos elementos, y a no desarrollar tal o cual punto a expensas de otro, bajo pretexto de que los resultados inmediatos nos “dicen” más cosas. Debemos tener siempre presente la doble finalidad perseguida: el fin próximo y el fin lejano.

Ya supongo que todos los sistemas de educación apuntan más o menos hacia el desarrollo del carácter. También el escultismo, y ello de modo primordial. Otras instituciones, aun poniendo en un primer plano la formación del carácter, ven cómo sus energías se ven inevitablemente desviadas por sus otras razones de ser. Así, las escuelas proporcionan la instrucción, los patronatos han de alejar de la calle al mayor número posible de niños, las agrupaciones paramilitares han de tener una buena presentación en los ejercicios y en los desfiles.

En el lobatismo en cambio, no pretendemos dar instrucción de ninguna clase, excepto en aquella medida en que ésta es un medio de formación del carácter; sólo por excepción arrancamos a los niños de la calle, y queremos que éstos tengan un buen porte, pero no por sí mismo, sino porque la insistencia en exigir la limpieza de la persona y sus vestidos, tanto en una ceremonia como en las reuniones semanales, ejerce una influencia bienhechora en el carácter.

En este capítulo me propongo analizar las grandes líneas de nuestro sistema, indicando brevemente su influencia sobre la formación del carácter.

Las ideas de nuestro movimiento no son nuevas: no son más que la aplicación de los principios cristianos adaptados a los niños.

En la base del lobatismo se encuentran la fraternidad. Los niños se reúnen en un conjunto abigarrado, procedente de familias felices o desgraciadas, hasta fundirse en una sola familia feliz. Estos muchachos se convierten en auténticos hermanos los unos de los otros, en hermanos leales que aman a su jefe de manada. El individuo no solo se encuentra sumergido en un ambiente, sino que llega a ser parte integrante de un todo que tiene más valor que él mismo. La relación que se establece, es la mutua entrega de la vida de familia, lo que en sí mismo ya es una disciplina: es el orgullo familiar, en vez del orgullo personal, que impele a poner en común energías y capacidades y, por tanto, asegura la cooperación de los esfuerzos. Es el placer de causar placer; es el verdadero afecto y la confianza que, como contrapartida, hacen merecer esta confianza y este afecto.

Disponemos, pues, de muchas de las cosas que puede aportar la vida de familia; y ello es un bien superior al de la formación individual.

En la manada todo se concibe en aras a desarrollar este espíritu de familia. No son de aconsejar las grandes manadas, ya que, en todo gran organismo, los individuos quedan absorbidos con demasiada facilidad: cada lobato tiene su lugar, su papel, cada cual resulta indispensable para que la familia se sienta completa. La forma de trabajar, la forma de jugar, todo se regula desde el punto de vista “familia”. La emulación, los “premios”, no constituyen estímulos a los que haya que recurrir; las recompensas en forma de progresión o “badges” (títulos de capacidad) resultan accesibles a todos por igual, y si un lobato alcanza antes que los otros la copa del árbol... pues bien, es toda la familia la que se enorgullece de él. Para los demás, este lobato es esencialmente uno más entre ellos, es el producto, sin duda alguna, de los méritos colectivos. Llegó a la manada, siendo “un chico como los otros”, y es la manada la que ha producido esta flor del lobatismo, es ella, como corporación, la que se atribuye el honor.

Los medios empleados para dar cuerpo a esta admisión de un muchacho en la “familia feliz”, son el uniforme y la ceremonia de la Promesa.

El uniforme y la insignia son el indicativo externo de que el lobato ya no es lo que él mismo llama compasivamente “un chico como los otros”. El grado de cuidado y respeto que manifiesta hacia su uniforme, indica muy exactamente el valor que concede a su condición de lobato.

La impresión que en el corazón humano causa la Promesa, es la propia de todo ceremonial. Por lo demás, posee un elevado significado a los ojos del niño, dado que consagra su admisión en la fraternidad de los scouts y dado que, el niño, al pronunciar su Promesa, adquiere auténticos compromisos.

La Promesa de los lobatos, es la siguiente:

*“Prometo hacer cuanto pueda
por cumplir mis deberes para con Dios
y para con mi Patria,
por guardar la Ley de la manada
y hacer una buena acción cada día.”*

El espíritu del lobatismo se inspira en esos tres principios fundamentales. Tales principios se inculcan mediante el Lema y la Ley de la manada.

El Lema es:

“Siempre mejor.”

Los dos artículos de la Ley enseñan la obediencia y el dominio de sí mismo. Están redactados según el estilo de la selva, lo que les proporciona un aire de frescura, haciéndolos infinitamente más comprensibles al niño que la machacona expresión de “que debe ser juicioso”.

Ésta es la Ley:

*“El lobato obedece al Viejo Lobo.”
“El lobato se vence a sí mismo.”*

Los lobatos citan constantemente esta Ley, y su popularidad sólo viene superada por el Lema.

Para algunos, estas graves lecciones morales podrán parecer incompatibles con un sistema de juego que se dirige a niños de diez años. Pero quienes conocen bien a los lobatos, saben que éstos son unos filósofos y unos idealistas, que el hecho de poseer un firme afán moral y un ideal espiritual no se contradice en absoluto con el instinto que les empuja a actuar ruidosamente.

Un sistema que combine todas esas aptitudes, un sistema que, en suma, sigue el camino de los niños, tiene el éxito asegurado.

Los próximos capítulos ofrecerán algunos detalles sobre lo que compone la vida de familia de la manada, y sobre los medios que empleamos para inculcar el ideal del lobato. Lo que hacemos podrá parecer un poco tonto a determinadas personas; se nos dirá que todo ello no es más que un juego, y un juego que complicamos a propósito; y que al revestirlo con el nombre de método de formación del carácter, le otorgamos una importancia desmesurada.

Es un error, no precisamente decir que es un juego, sino afirmar, con la palabrita peyorativa: “Es sólo un juego”. Nuestro método es realmente un método de formación del carácter, si bien contiene, como es evidente, determinados aspectos que resultarían totalmente inútiles si se dirigiera a hombres adultos.

Estamos demasiado acostumbrados a sistemas pedagógicos que no son otra cosa que métodos considerados como buenos por las personas mayores, y que convenientemente diluidos, los hacemos tragar por la fuerza a los niños.

Pero nuestro sistema no es así. En rigor, podemos aplicarle las mismas palabras con las que san Benito se refería a su maravillosa Regla: “Esta mínima Regla de iniciación que hemos bosquejado” (Cáp. 74), y de ahí que los que se inician en el gran juego de la vida se entreguen a él con todo su entusiasmo.

CAPITULO III

ORGANIZACIÓN

La ley, el orden y un plan cuidadosamente madurado gobiernan todo lo que es bello, todo lo que es útil, todo lo que es juicioso, todo lo que debe tener éxito, incluso la naturaleza y el corazón del hombre. El azar no produce más que el caos y el desorden. Los proyectos, los sistemas desdichados, fracasaron porque en ellos se había dado cabida al azar.

Dios dio al hombre inteligencia y libre albedrío, y ello forma parte de su maravilloso plan. Dio al hombre un empleo y le confió la realización de los detalles de su universo. Para decirlo de alguna manera, ahora no tiene por qué prescindir de sus jefes de sección, para hacer que todo salga bien, y a pesar de la pereza y negligencia de aquellos. En una palabra: el azar no es el apodo de Dios, y dejar las cosas al azar no es en modo alguno una manera de poner confiadamente nuestros planes y proyectos en sus manos; esto es lo que debemos hacer sólo después de haberlo previsto y preparado soto, hasta sus mínimos detalles, “siempre mejor.”

Por consiguiente, si deseamos tener una manada rebotante de este espíritu de alegría de espontaneidad que es el genio del lobatismo, una manada que tenga éxito y que sea el gozo de todos cuantos la integran, jefes y lobatos, debemos aportar no sólo toda nuestra atención en aras al ideal del lobatismo en el aspecto atractivo y fascinante del juego, sino también decidir cuidadosamente nuestros planes, organizar juiciosamente todas las cosas hasta sus más nimios detalles, y, en suma, cumplir nuestro programa metódicamente.

Sólo entonces podremos gozar plenamente de todo cuanto el lobatismo tiene de alegría, de alborozo y de placer sin limitaciones.

No voy a entrar aquí en los detalles de organización de una manada; eso se puede encontrar en otros manuales. Me contentaré con señalar algunos principios de organización, antes de pasar a describir la vida de la manada.

* * *

Aunque pueda parecer una pero-grullada, diré que lo primero que hay que hacer, es pensar. Cuánta es la gente que, hoy en día, sufre de una pereza mental extraordinaria; prefiere que se le den hechas las ideas, es demasiado perezosa para ir a buscar el alimento en los libros de los auténticos pensadores; es preciso que su ración diaria les sea previamente aderezada por el periodista -quien, por su parte, raras veces es un pensador-, el cual no puede, como es obvio, proporcionarle más que un alimento francamente mediocre.

Cuando se trata de elaborar planes, ocurre lo mismo: se quiere disponer de un manual, de una guía que vaya hasta los últimos detalles, que es seguido servilmente (y a menudo estúpidamente); pero la experiencia fracasa, y se da toda la culpa al manual.

La única finalidad de este librito es, precisamente, enseñar a la gente a pensar por sí misma.

¿Cuál es la mejor manera de iniciar la organización de una manada? Mi consejo es claro: se empieza por reflexionar y pensar.

Una vez que la reflexión bien consciente os haya permitido constatar exactamente lo que queréis, os daréis cuenta que estáis elaborando toda suerte de planes excelentes, y desde luego, gozaréis mucho más ejecutando vuestros planes que no ejecutando los míos.

El lobatismo es un tema tan amplio que apenas se sabe hacia qué objetivo orientar la reflexiones. La mejor manera es ir escogiendo con cierto método las ideas, y clasificarla bajo títulos bastante generales, para ir luego descendiendo gradualmente hasta los detalles.

Personalmente, yo procedería del siguiente modo. Me preguntaría cuál es mi objetivo al tomar a mi cargo la dirección de la manada. Analizaría este objetivo y lo dividiría en varios capítulos, los cuales iría analizando uno después del otro, intentando encontrar, mediante la reflexión, el plan que mayor éxito me permitiera conseguir en este aspecto.

Mi finalidad, al tomar la dirección de una manada, es:

- atraer a los niños y hacer que perseveren;
- desarrollar su carácter y su alma.

Si tomáis estas dos grandes divisiones y las llenáis con vuestras ideas, os será una gran ayuda para seguir adelante: no hay nada mejor que la reflexión sistemática para fijar las ideas.

En primer lugar, atraer a los niños: es cosa que no presenta demasiadas dificultades. El problema es más bien conseguir que perseveren en la manada.

En la reflexión sobre este problema hago una nueva subdivisión de mis ideas:

REGLAMENTO DE LA MANADA

Dirigir la manada con el sistema de “a lo que salga”, es ir derecho al fracaso. Algunos muchachos permanecerán fieles y vendrán con regularidad, a pesar de la falta de orden, pero los restantes no serán más que un rebaño indeciso, cuya asiduidad y conducta dejarán mucho que desear. Es muy importante que se fijen de manera invariable las horas, días y lugares de reunión; que se mantenga una puntualidad rigurosa (y eso tanto para los jefes como para los muchachos); que se cuente con un programa de trabajo y de juegos claramente definido, pero por supuesto tan variado como sea posible.

Hay que saber la forma de poner en marcha el sistema de seisenas; cómo conseguir que cada seisena esté siempre completa y que posea un seisenero y un segundo de confianza.

Fijar claramente también algunos puntos acerca de la conducta y la disciplina: establecer un procedimiento fijo para la entrega y el pago del uniforme, conseguir que cada niño sepa exactamente cuándo puede llevarlo puesto, etc.

Si se concretan todos estos puntos, se habrá dado el primer paso para asegurar la perseverancia de vuestros muchachos: los niños aman la exactitud. No han llegado todavía a la edad de la negligencia desaliñada, de la agitación turbulenta, de la independencia y de la pereza. Les gusta que haya un reglamento bastante estricto para conseguir que cada cual se mantenga a su altura; de este modo todo el mundo es feliz. A vosotros os corresponde, pues, encontrar el justo término medio.

EL TRABAJO DE ESTRELLAS Y ESPECIALIDADES

Éste es el segundo punto al cual hay que conceder una gran atención si querréis conservar vuestros niños y conseguir que asistan regularmente.

Las estrellas y las especialidades no han sido inventadas para que sean un fin en sí mismas. No son más que un medio de interesar a cada uno de los niños de la manada, cualesquiera que sean su temperamento y capacidades. La idea de las estrellas a conquistar debe ser, para cada lobato, un ideal y un estimulante que no falte nunca en una reunión. Para que realmente sea un ideal, hay que exigir al niño que haya llevado a cabo un trabajo eficiente antes de concedérselas. Si bien los programas de estrellas deben estar preparados, hasta cierto punto, los propios seiseneros, conviene determinar seriamente qué es lo que el muchacho debe hacer para demostrar que es capaz de ser eficaz en una actividad propuesta por la manada.

Si el lobato sabe que sus progresos serán comprobados estrechamente, redoblará su interés. A veces, para conservar el interés de los lobatos de más edad, resultará útil centrar su atención en las especialidades.

Pero la tendencia a multiplicar las especialidades puede desembocar a veces en una sobrevaloración de los mejores, en detrimento de los más atrasados. Por tanto, os corresponde a vosotros prever un buen sistema de preparación, tanto para las estrellas como para las especialidades.

Los “EXTRAS”

Si queréis conservar vuestros lobatos, tenéis que deleitarles, divertirles e interesarles. Es inmensa la cantidad de cosas que se pueden hacer en la manada, todas ellas “asuntos de familia”, para decirlo de algún modo, y que no vienen recompensadas por ninguna especialidad, ni se

encuentran mencionadas en regla alguna: juegos deportivos, exploraciones, carreras de competición, visitas o encuestas, formar una biblioteca, dar representaciones, fiestas de manada...

Ello ya es bastante para nuestro primer objetivo: conservar los niños.

Veamos ahora el segundo.

Una vez que tengáis al hombrecito y que éste tenga ganas de continuar, ¿qué vais a hacer con él?

Henos aquí enfrentados con el segundo objetivo: el desarrollo activo del carácter y del alma.

También aquí, pensad por vuestra cuenta, buscad, encontrad, inventad, elaborad vuestros planes.

No hablaré más de ello en este capítulo; en realidad constituye el objeto de todo el libro.

Pero el desarrollo del carácter no sería más que un medio puramente utilitario para construir una máquina perfecta, si las exigencias de este mundo y el éxito de esta vida fueran lo único importante. Un lobato promete “hacer cuanto pueda por cumplir sus deberes para con su Patria”, es decir, a esforzarse para llegar a ser un buen ciudadano.

También promete “cumplir sus deberes para con Dios”, y ello os pone de golpe ante el importante problema de su educación y su vida religiosa. Reflexionad también sobre esto, preparaos. Pocos han hecho tanto mal a sus semejantes, como quienes han pretendido ocuparse de su bien espiritual, sin tener previamente una idea clara y precisa de lo que iban a realizar.

CAPITULO IV

LA “FAMILIA FELIZ”

Más arriba he indicado, como primer principio del lobatismo, que el niño, en cuanto entra en la manada, se convierte en miembro de una fraternidad vasta como el mundo, y de una familia feliz. Fraternidad y familia; sus miembros, además, han prometido ser leales a Dios. Su lema es “Siempre mejor”; los consejos de perfección son: obediencia, dominio de sí mismo y cumplimiento diario de una buena acción en favor del prójimo.

Este doble alistamiento, que permite alcanzar nuestro objetivo final, influye profundamente en el carácter de los niños, y permite alcanzar también nuestro objetivo próximo: aporta a la vida una alegría auténtica, constante y duradera. Tal vez nada desee tanto el corazón del niño como sentirse amado, como sentirse realmente comprendido, y que se simpatice con él. Después de eso, su mayor felicidad es ser tratado con la justicia más perfecta, ver que se tienen en cuenta sus razones de actuación, y que éstas son juzgadas con la misma rectitud que sus acciones. Finalmente, la paz, la armonía, se encuentran también entre sus anhelos más vivos.

Pocos son los niños que encuentran afecto, comprensión y simpatía, fuera del ámbito de sus padres; la calle, el patio de recreo, la casa donde habitan, son escenario de frecuentes discusiones, malentendidos y reproches.

En cambio, en una manada fiel al espíritu del escultismo, el muchacho se siente comprendido, encuentra afecto en su jefe, se siente en comunidad de sentimientos con sus hermanos -lo cual constituye verdaderamente lo más dulce de la vida de familia-. En ella existe la posibilidad de ser tratado con justicia porque se forma parte de un grupo restringido y el jefe de manada no intenta más que comprender al muchacho y los móviles que le hacen actuar. Este estado de espíritu influye en la forma como los demás lobatos -y de modo especial los seiseneros- interpretan su papel. Y todo ello hace al niño muy feliz, ya que la vida de familia, los juegos, el trabajo, en el que nunca se dan discusiones, ni malentendidos, ni castigos, le proporcionan la auténtica paz del espíritu y, por ende, la alegría.

A los niños no les gusta pelearse, y, sin embargo, lo hacen muy a menudo; pero eso proviene de un instinto de juego limpio, de dignidad personal y de lealtad. Es un hecho que un niño golpeará a otro porque éste no cesa de hacer trampas o de “hacer el chivato”, o incluso porque le ha provocado con palabras o muecas, o porque ha maltratado o insultado a un amigo.

Pero en la manada no hay deseos de peleares; las causas de disputas citadas anteriormente no se presentan a menudo, y cuando se presentan, la tendencia debe ser considerarlas como otras tantas ocasiones de poner en práctica la Ley de la manada, ejercitando la indulgencia y el perdón, virtudes cristianas.

Si bien para un muchacho ordinario la ocasión de practicar estas virtudes no le representa ningún interés ni placer especial, para un lobato, en cambio, tales virtudes han sido elevadas al nivel de un juego muy serio, gracias a su “regla”.

Por supuesto que el espíritu de familia viene creado o estropeado por el jefe de manada, ya que resulta mucho más fácil llevar adelante una escuela o un pelotón que una familia.

Tiempo atrás recibí una carta de un niño de once años que me pedía que le ayudara a “salir airoso” en la creación de una manada de lobatos que quería fundar, ya que había quedado desilusionado por el fracaso de aquella a la que había pertenecido. Ya había conseguido doce compañeros, y quería saber cómo debía continuar.

Le envié un ejemplar del Manual de lobatos y algunos folletos, junto con unas palabras de aliento, y le dije que se pusiera en contacto con alguna persona mayor que, a su modo de ver, ofreciera posibilidades de ser un buen jefe, y que me escribiera de nuevo.

He aquí la respuesta que recibí:

Querida Secretaria:

Le agradezco su amable carta, sus orientaciones, así como el ejemplar del Manual de lobatos. Me las he arreglado para conseguir un jefe de manada. Es muy amable y resulta muy agradable hablar con ella y encontrarse en compañía suya

Empezará en seguida.

¿Cómo ha ocurrido todo esto? Ella es nuestra profesora en la escuela dominical. Habíamos acabado el curso y esperábamos que éste quedara cerrado.

Le dije: “¿Querría ser nuestra jefe?”

Ella me respondió: “¿Por qué?”

Le dije: “Voy a poner en marcha algunos lobatos en S..., y tengo que encontrar una jefe.”

“De acuerdo, empezaremos en la capilla, y seremos los lobatos de la Capilla. Intentaré conseguir la sacristía como local, y en verano iremos a dar grandes paseos, y todo será maravilloso.”

No tengo más que decirle, salvo que le agradezco sus orientaciones y los libros. Encuentro muy bien que me los enviase. Terminó esta carta, y voy a hacer cuanto pueda.

Tengo la impresión que esta carta es un ejemplo típico de la actitud de los lobatos frente a su manada y a su jefe: consideran tanto la manada como el jefe, como propiedad suya, y no como si la manada fuese una clase o una escuela propiedad del jefe, y ellos son unos escolares obligados a obedecer a una autoridad que no han elegido.

Esta carta, escrita por un muchacho, nos ofrece una de esas rápidas ojeadas que nos hacen ver las cosas desde el punto de vista del niño. “¡Voy a poner en marcha algunos lobatos!” ¡Qué espléndida iniciativa, qué seguridad y qué independencia! Está tan seguro de sí mismo, el hombrecito, que el cuartel general le aportará su valiosa ayuda.

Pero en la segunda parte de la carta se encuentra una revelación todavía más importante de la actitud del niño. Éste encuentra un jefe para su manada: explica lo que desea, solicita su

colaboración, obtiene la promesa de ella, y entonces escribe al cuartel general para anunciar que ya ha encontrado al jefe deseado y que “resulta muy agradable hablar con ella y encontrarse en compañía suya”.

Él y sus lobatos le deberán, como es natural, obediencia y fidelidad, a pesar de que ellos hayan elegido a su jefe: precisamente por eso. Si tal es el sentimiento de los lobatos, es evidente que debemos hacerlo nuestro.

Los lobatos nos han situado en esta posición, pero hay que mantener un cierto equilibrio, no inclinarse hacia un relajamiento de la disciplina, ni decantarse hacia el despotismo, porque caeríamos del pedestal donde nos han situado su afecto y su admiración, y no seríamos más que aquel tipo de personas a quienes los niños no tienen gran cosa que decir.

El secreto del éxito radica en el hecho de que debemos hacer nuestro el punto de vista del niño; una vez que el jefe de manada se ha decidido a ello, y mientras recuerde constantemente contemplar las cosas bajo esta óptica en todo lo que concierna a la manada, tiene el éxito asegurado.

Tampoco encontrará dificultad alguna para poner en práctica el Manual de lobatos, ya que ha sido escrito desde el punto de vista del niño, para los niños, en lenguaje de niños y no en el punto de vista del profesor y para los profesores, en un lenguaje de psicólogo, como ocurre con la mayoría de los manuales de educación moderna.

Vayamos, ahora, a algunos detalles característicos de la vida de la manada:

- El Gran Clamor.
- La Roca del Consejo.
- El saludo.

EL GRAN CLAMOR

El Gran Clamor, por ejemplo, es propiedad del lobato; para un profano puede resultar algo perfectamente absurdo.

Pero es que todo sentimiento vivo tiende a manifestarse: los niños poseen una gran vivacidad de sentimientos, y los lobatos más que los otros, ya que, aparte de los lazos y afectos que les atan a la vida y a su jefe, se encuentran en un estado de alegría habitual por ser lobatos, y por ello mismo se sienten hermanos de millares de otros lobatos y scouts. Sin embargo, los niños disponen de pocos medios para expresar lo que sienten. Precisamente por ello fue un golpe genial el que B.-P. inventara el Gran Clamor.

El Gran Clamor es una ceremonia, pero una ceremonia de niños. Por tanto, será muy cortita, muy ruidosa y tomada muy en serio. Es la expresión colectiva de los sentimientos de la manada.

Los lobatos forman el círculo, según la forma habitual. A una señal dada, se ponen en cuclillas-, con las manos entre las rodillas, tocando el suelo con los diez dedos. Con la cabeza echada hacia atrás, gritan fuertemente su gozo. Se ponen de pie de un salgo, y el muchacho que dirige el Gran Clamor lanza la pregunta: “Siempre mejor... mejor?”, y los lobatos responden todos con voz fuerte: “Si, siempre mejor.”

El Gran Clamor no es juego, ni está hecho para divertir, sino que es una ceremonia seria. Expresa un montón de cosas: desde la simple alegría de ser lobato hasta los deseos de bienvenida y las felicitaciones dirigidas a un nuevo seisenero. Cuanto más intenso sean los sentimientos de la manada, más fuerte gritará ésta.

A veces, también es una promesa de enmienda, cuando la manada se ha relajado, y el jefe ha tenido que fruncir el ceño, hablar con gravedad y pedir que todo cambie.

LA ROCA DEL CONSEJO

La formación en círculo es algo característico. Muy raras veces nos ponemos en fila o en hileras, los unos detrás de los otros.

El jefe grita: “¡Manada! ¡manada! ¡manada! ¡manada!” y los lobatos responden: “¡Manada!”, y corren todos a formar círculo en torno a la Roca del Consejo, imaginaria o improvisada. Entonces todo el mundo se sienta en el suelo, y empieza la sesión.

Todo tema importante relativo a la vida de la manada se discute en torno a la Roca del Consejo. Cada cual puede decir lo que le pase por la cabeza, y ello representa una buena ocasión para que el Jefe vaya depositando en la tierra fértil de esos jóvenes espíritus la buena simiente, desde luego no en forma de sermón sobre la necesidad de ser “juiciosos” (expresión inadecuada y superficial), sino en forma “de ideas-germen”, que llevan en sí verdades profundas capaces de desarrollarse un día.

EL SALUDO

Antes de pasar a los detalles de la vida de la manada, señalemos todavía un aspecto característico de la vida del lobato, importante para la formación del carácter, ya que fortifica el sentido de la fraternidad y proporciona a los niños una ocasión de manifestarse.

Todos los miembros de nuestra fraternidad, cualquiera que sea su edad o su rango, intercambian el saludo de los lobatos, llevándose la mano a la frente, con los dos primeros dedos extendidos y separados entre sí, para recordar los dos puntos de la Ley y los dos puntos de la Promesa de los lobatos. Este signo visible de fraternidad, esta marca silenciosa de simpatía y unidad que se intercambia entre desconocidos -y que no entraña obligación alguna de presentación, y que es

posible en momentos en que las palabras estarían fuera de lugar-, este signo responde a un instinto que, generalmente, no tiene la posibilidad ni los medios para ser satisfecho.

El saludo de los scouts y el de los lobatos son muy estimados por el muchacho, y responden de hecho a un instinto muy anterior a su entrada en la fraternidad scout.

CAPITULO V

EL JUEGO

Para el común de los mortales, los juegos son un recreo, es decir, una parada de lo que constituye el auténtico quehacer de la vida, un reposo, un intervalo durante el cual las facultades no tienen que hallarse en plena tensión: el juego se presenta como una agradable interrupción del trabajo.

Pero, para los niños, es algo muy distinto. Jugar es el auténtico quehacer de la vida, y el trabajo es lo que constituye la interrupción; todos los niños lo saben. Durante la vacaciones se vive de veras, durante la jornada se ha realizado algo que merece la pena.

Los niños juzgan a los mayores de acuerdo con la actitud de éstos frente a este asunto tan importante como es el juego: se dan perfectamente cuenta de que la mayor parte de la gente es víctima de una triste ilusión a este respecto, y por ello no les interesa la mayor parte de la gente adulta.

Para un muchacho el juego es una de las actividades serias de la vida, por lo que merece la pena ocuparse de él, es una ocasión en la que cada detalle tiene su importancia; de ahí que su energía y su entusiasmo se concentren en él con tanta intensidad. Ello explica que sea mucho más difícil organizar juegos para los lobatos, que hacerles hacer gimnasia, enseñarles el semáforo o explicarles una historieta: hacer ejecutar un juego realmente bueno, sin disputas ni querellas, a plena satisfacción de cada chico, es una hazaña de la que puede sentirse orgulloso el jefe de manada. Todos conocemos las deplorables tendencias que se ponen de manifiesto en cuanto los seres humanos entran en contacto a raíz de asuntos serios y en las luchas de la vida. Pues bien, todas esas tendencias, en forma elemental, empiezan a manifestarse cuando los muchachos se encuentran con motivo de un juego apasionante. Huelga decir que pocas veces se manifiestan en el curso de lo que es tan sólo trabajo.

Jugar bien es una auténtica formación del carácter, ya que el muchacho sólo vive realmente cuando juega.

Cuanto más viva es una cosa, más se puede influenciar de manera profunda y duradera, de manera permanente. Por ejemplo: podréis enseñar a la clemátide ardorosa y vivaz a subir por donde queráis, pero en cambio no podréis conseguir que una col haga lo que os proponéis.

Podréis conseguir que un perrito afectuoso y vivaracho os obedezca totalmente, que os quiera, pero, en cambio, no podréis educar una tortuga, ni siquiera para que os mire inteligentemente y os reconozca...

Un niño al cual le infligís un sermón no reaccionará mucho más que una col o una tortuga. Pero, en cambio, contadle una historia emocionante, o jugad con él, y súbitamente aparecerá despierto, con una vida intensa, y, por ende, receptivo y manejable.

Es normal comparar la formación del carácter al modelado del vidrio al tallado del mármol. Pero éstas son materias sin vida, y la formación del carácter consiste en dirigir en una buena dirección las tendencias que crecen, cerrándoles el mal camino: eso es algo muy diferente del modelare de una materia inerte. Puede hacerse necesaria la destreza, la paciencia, la perseverancia para esculpir un bello caballo de mármol, pero todavía se necesita más destreza, paciencia y perseverancia para domesticar un joven pura sangre.

Entregarse a muchos juegos en la manada, puede provocar una turbulencia creciente, al propio tiempo que se aumenta la infatigable energía y el entusiasmo de los lobatos. Ello puede acabar siendo excesivo para el jefe de manada pero no hay que deplorarlo. Evidentemente, resulta muy agradable tener un grupo de muchachos sentados tranquilamente, y que os escuchan con toda educación durante bastante rato, y a veces hay jefes de manada que se desesperan porque sus chicos no son nunca así, pero tenemos que ser valerosos y recordar que cuanto más vivarachos sean nuestros niños, mejor podremos formar su carácter.

* * *

¿Qué es pues, el juego, y por qué tiene un papel tan importante en la vida de todos los niños?

Para poder dar una respuesta a esta pregunta, es preciso en primer lugar, olvidar y prescindir del juego tal como se entregan a él las personas mayores, ya que prácticamente no tiene nada que ver con el juego de los niños. Luego, será preciso intentar comprender enteramente el estado de espíritu del niño.

Las personas mayores se entregan al juego por alguno de los motivos siguientes: para satisfacer su instinto de jugar y adquirir algo con la ayuda de ese dios veleidoso que es el azar; para demostrar su destreza y provocar su destreza y provocar admiración; para satisfacer su carácter combativo al oponerse a otro individuo o a otro equipo, con la esperanza de poder gozar de la alegría de la victoria; para matar el tiempo (el motivo más imperdonable); para distraerse y divertirse, o para conservar la salud y la moral.

Prácticamente, ninguno de estos motivos interviene en el juego de los niños, exceptuando, tal vez y en cierta medida, el instinto combativo.

En nuestro intento de comprender el juego de los niños, eso es lo que nos ofrece el procedimiento negativo. Pasemos ahora al estado de espíritu del niño.

Observando a los pequeños fox-terrier de diez meses, me acuerdo siempre de mis lobatos retozando en el campo, y, sin duda, el juego exuberante y brutal de los muchachos se debe simplemente a su carácter animal (que afecta a todos sus juegos, al menos hasta un cierto punto), Pero en el muchacho hay algo que no existe en el perrito. Junto al carácter animal hay en cada niño un corazón de hombre, lo que significa que entra en la existencia con una fuerte tendencia hacia todas las posibles actividades de la vida humana: todo niño es un general, un almirante, un bombero, un detective, un espía, un mecánico, un explorador, un comerciante, un doctor, un inventor, un artista, un poeta, un granjero, un cazador o un sacerdote, en potencia. El instinto de ser uno de esos personajes -o todos al mismo tiempo- se agita en su sangre. En cuanto oye hablar de ellos, el corazón de hombre que hay en él, los reconoce; para él la vida consiste en ser lo que es esa gente, hacer lo que ella hace. Sabe perfectamente que no es lo suficientemente grande, lo suficientemente fuerte, rico, experimentado, para ser realmente uno de ellos, al menos por el momento. No piensa en alejarse de su madre y alcanzar esa libertad con la cual se puede vivir realmente esa vida de hombre. Por otra parte, es preciso disponer del desayuno, del almuerzo, de la cena, de suerte que está obligado a quedarse en casa.

La única posibilidad que le queda, es jugar de tal manera que todas las aspiraciones de su corazón de hombre -deseo de ser marinero, soldado o mecánico- puedan quedar satisfechas al máximo. Al principio, simula ser él mismo el héroe: sopla como una máquina, hace hacer el ejercicio a sus hermanitas en el jardín, o las hace pasar por un consejo de guerra; o bien cuida de la tienda de pasteles de arena o piedras.

Cuando llega a la edad de lobato, la imaginación pura no siempre le basta. Es preciso que en su juego haya un elemento de excitación, de emulación o de dificultad vencida; es preciso que otros chicos jueguen también, y jueguen bien, es decir, obedeciendo a ciertas leyes y a ciertas costumbres tradicionales, y que sean tenaces y perseverantes.

Pero también aquí prevalece el mismo principio: el niño juega, no por alguno de los motivos que más arriba he asignado a las personas mayores, sino simplemente para satisfacer las aspiraciones de su corazón de hombre, que le incita a vivir esa vida variada y maravillosa, y emplear su energía y su vitalidad de la misma manera que todos los hombres, desde que existen.

Si el juego tiene un carácter netamente “imaginario”, tanto mejor. Si no lo tiene, el niño también jugará, como si desarrollara un papel, es decir, con la seriedad que corresponde a un soldado, un explorador o un espía en potencia. Para él, entregarse a los juegos, es vivir la vida. Las lecciones de clase, sólo enseñan a hacer cosas consideradas como útiles por las personas mayores.

Para tener éxito cuando se juega con los niños, es preciso ver el juego con sus ojos, e intentar despertar en el corazón embotado las emociones de la juventud pasada.

Por consiguiente, el juego no es una determinada actividad a la cual se entreguen los niños a intervalos, sino la expresión visible y concreta de su constante estado de espíritu: la vida es tan maravillosa, tan interesante, tan llena de sorpresas y de posibilidades, que siempre están ocupados gozando de ella, pensando en ella e imaginando lo que pueda llegar. Los juegos no son más que un aspecto experimental de sus pensamientos.

Os daréis cuenta de ello, si les explicáis cuentos: lo que ellos solicitan en esos cuentos, es que tengan relación con la vida, los personajes que en ellos aparezcan deben ser personajes reales que actúen como en la realidad y cuyas aventuras, si bien maravillosas, han de ser aventuras humanas. A los niños no les gustan las alegorías, porque, en general, sus personajes no son naturales y la moraleja resulta a menudo forzada. Las personas mayores no tendrán en cuenta las contradicciones debido al sentido espiritual del conjunto; pero para los niños, esas contradicciones destruyen la realidad de la historia, y ésta ya no merece la pena ser escuchada.

* * *

El instinto del juego, pues, es una parte esencial de la psicología de nuestros lobatos, y no ha de negligirse.

El juego del niño muy pequeño es muy fácil, pero el de los niños de ocho a doce años ya es más complicado.

A esta edad, muchos niños (que, sin embargo, poseen realmente el instinto del juego) no saben jugar, porque nunca han tenido ocasión par ello; entonces esos niños tendrán necesidad de que se les muestre cómo hay que jugar, es decir, que se les enseñe la técnica del juego, pero no lo esencial del juego. Por otra parte, el juego, a esa edad, resulta difícil, dado que exige la cooperación de otros niños, y el egoísmo a menudo hace acto de presencia, con lo que todo resulta fracasado. Ésta es la razón por la cual los lobatos gustan tanto de los juegos organizados por el jefe de manada: cuando se dispone de un árbitro, se juega bien y a gusto.

Pero no siempre tienen éxito los juegos organizados por las personas mayores. Hay muchos juegos que provocan interpretaciones torcidas, discusiones, que están faltos de interés, o que son brutales. Resulta, por tanto, muy importante elegir exactamente buenos juegos si se quiere que éstos sean verdaderamente un factor de la formación del carácter.

CAPITULO VI

EL TRABAJO

Como hemos dicho, el juego es, a los ojos del muchacho, la única cosa verdaderamente seria de la vida.

Para todos cuantos amamos la vida, y nos sentimos felices de que Dios nos haya creado, nada nos provoca más disgusto e impaciencia que ver que perdemos el tiempo. Para el niño, todo cuanto le aleja del juego, es pérdida de tiempo: lo cual no quiere decir en modo alguno que sea ligero, que esté falto de los mejores instintos del corazón humano y que esté desprovisto de todos esos intereses serios de la vida que la hacen digna de ser vivida; lejos de ello. Todo eso demuestra, simplemente, que los instintos del niño están todavía en armonía con la naturaleza que Dios le ha dado, que su primer impulso es cumplir sus deberes de estado con entusiasmo y energía; ya que el juego para el niño no es la actitud con la que se enfrenta valientemente a la vida. Un niño equilibrado no está nunca ocioso, siempre está haciendo alguna cosa.

Pero, ¿por qué el juego es para él un asunto tan importante, tan deseable, tan agradable, mientras aquello que las personas mayores llaman trabajo, le parece una pérdida de tiempo?

Pues porque durante sus horas de libertad, el niño elige ocupaciones exactamente adaptadas a su naturaleza, a su edad, a su temperamento, y se entrega a ellas de la manera y según el espíritu que son propios de un muchacho. Lo que él aprecia no es el valor intrínseco del juego; es, buscado inconscientemente, el buen orden de las cosas; buen orden que consiste en tratar a los niños como Dios, que los ha creado, quiere que sean tratados -lo cual es el mejor medio para conseguir la cooperación de Dios y de los niños-.

Si el trabajo es de tal naturaleza que el niño lo considere tan razonable como su juego, se entregará de todo corazón a ese trabajo. Pondrá en él todo su interés, su atención, su aplicación, su perseverancia, y ejerciendo regularmente esas cualidades tan deseables, y bajo la dirección de un espíritu más madura y más experimentado, llegará a convertirlas en hábitos. En otros términos, estas cualidades se convertirán en parte integrante de su carácter. Empezamos a comprender que el interés debe nacer del deseo; el deseo, aumentado por el interés, se convierte en la aplicación voluntaria; el resultado: el niño trabaja más.

Pero ¿es éste el resultado más importante? ¿Acaso la aplicación voluntaria no posee en sí misma un valor intrínseco, como el alimento, el ejercicio, el sueño?

La aplicación voluntaria en las mil y una cosas que componen la vida, ¿no posee en sí misma el camino por el cual se alcanza el objetivo de toda educación auténtica? ¿Cuál es, pues, el objetivo de una educación auténtica? No sólo que el niño sepa o haga algo, sino que sea alguien, en una palabra, que tenga carácter.

No debe sorprender, pues, que en el movimiento scout, que ve la formación del carácter como su objetivo primordial, el trabajo ocupe un lugar tan destacado, en tanto que las materias enseñadas son relativamente poco importantes. Nuestro gran objetivo es que los muchachos sean activos e interesados, porque la aplicación y la perseverancia que se derivan de ello son unos maravillosos agentes de formación del carácter.

Proponer al niño unos objetivos que le interesen, estudiados y puestos en práctica a la medida de su capacidad, tal es el primer objetivo, el esencial, si queréis captar su entusiasmo. Lo que explica la colección -algo extraña- de nuestras “materias” de pruebas o especialidades, y la forma aparentemente muy poco metódicas como las enseñamos.

La verdad es que, para nosotros, los términos “medio, método, objetivo” tienen un orden diferente: el conocimiento de un tema dado, no más que un medio, pero el trabajo desplegado en este estudio y el hábito adquirido mediante este trabajo constituyen, para nosotros, el medio y el objetivo. Es evidente que, en la educación propiamente dicha, en la que esencialmente hay que adquirir tal o cual conocimiento positivo, esto no resulta aplicable. Eso es lo que diferencia al escultismo de cualquier otra educación, si bien discurre paralelamente a ella, completándose mutuamente.

* * *

Profundicemos todavía un poco más en la cuestión, porque merece la pena.

En primer lugar, ¿a qué podemos llamar trabajo en el localismo?

Luego veamos de manera concreta como este trabajo resulta beneficioso para el carácter del niño.

El trabajo: es la preparación de las pruebas de primera y segunda estrella, de las especialidades; es la preparación de las representaciones, competiciones, fiestas, servicios en campamento y pequeños trabajos manuales.

¿Por qué es bueno y, de hecho, parte esencial de la formación del carácter? Esta es una cuestión que exige un cierto tiempo para que se le pueda dar una respuesta adecuada. Hay que considerarla, primeramente, bajo la perspectiva muy amplia y abstracta.

¿Qué es lo que hace que tal tarea sea un trabajo y tal otra un juego? Yo creo que es un asunto de motivación y de intención: lo que para uno es trabajo, para otro es juego. Para un jardinero, el cuidar del jardín es un trabajo, pero puede ser un juego para vuestra vieja tía; escribir es un trabajo para un periodista, y es un juego para un aficionado; coser es un trabajo para la madre de familia numerosa que tiene muchos quehaceres, y es un placer para aquellas mujeres que bordan, sentadas en el jardín. La pintura, la música, el teatro, son trabajo para el verdadero artista, para el profesional, pero juego para el diletante y el aficionado. Hay gente que jamás ha trabajado

durante su vida, si bien puede haber estado ocupada constantemente en esa suerte de ocupaciones referidas más arriba, en tanto que otros trabajan casi todo el tiempo, tal vez en las mismas tareas. Veamos: ¿quién saca más provecho, los que trabajan o los que juegan? Yo creo que los que trabajan. Trabajar significa, casi siempre, hacer cuanto se puede; quiere decir superar algo, realizar algo, producir algo que quede acabado y bien hecho, y hacerlo no cuando nos plazca, sino en un momento dado. Ello significa (en lo que toca a cualidades morales) control de sí mismo, obediencia, aplicación, objetivo, perseverancia, energía y atención. La gente para la cual se trabaja no acepta el trabajo mal hecho, en tanto que si sólo se trata de divertirse, el trabajo puede hacerse de forma menos exacta. A la postre la vida no es más que un inmenso trabajo: un día resultará decisivo saber si nos hemos limitado simplemente a jugar, o bien si hemos trabajado de verdad.

Si el lobatismo debe ser una preparación para la vida, enseñemos a nuestros lobatos el valor del trabajo. Estas son las premisas de mi razonamiento. Apliquémoslas ahora a nuestro caso.

Lo que he indicado más arriba acerca del trabajo y del esfuerzo hacia lo mejor, se dirige, como es natural, a los adultos, y no a los niños.

Los niños actúan lo mejor posible más bien en un juego que en el trabajo, dado que esto es natural en ellos, resulta necesario que el lobatismo consista en juegos. Los niños crecen y se convierten en hombres y mujeres; en cuanto sean adultos, se les podrá aplicar el principio citado más arriba, pero si no han aprendido a trabajar mientras eran jóvenes, rehuirán el trabajo (si tienen manera de hacerlo), o bien trabajarán lo menos posible (si deben trabajar para vivir). El cardenal Mercier, el gran arzobispo de Malinas, decía un día: “El enemigo actual es la pereza, la pereza que ataca a una nación en sus costumbres, su inteligencia, y que arruina su carácter”. ¿Acaso no tenemos la intención de actuar sobre el carácter de la nación?.

Los niños no necesitan que se les enseñe a jugar, sólo piden que se les depara la ocasión para ellos, y, por consiguiente, que se les dirija a ella. Pero necesitan que se les enseñe a trabajar. El niño (no me refiero al lobato ni al scout), si sospecha que una tarea determinada es un trabajo, se sentirá instintivamente declinado a no entregarse a ella con todas sus fuerzas. Pienso en mi propia juventud, en mis lecciones; ¿las aprendí siempre lo mejor que pude? Y cuando recuerdo la forma como alguien intentó en otros tiempos, enseñarme a hacer dobladillo, estoy convencida que no ponía mi máxima aplicación.

Mi propósito, al hacer escalas en el piano, era sólo hacer ruido durante la media hora asignada al ejercicio, ya que sabía que si se notaba un silencio prolongado por mi parte, sería castigada.

Eso estaba muy mal, naturalmente, y precisamente porque actuaba de este modo cuando tenía nueve años, ahora quiero ayudar a los niños para que no se parezcan a mí.

El movimiento del lobatismo obra casi un milagro en el espíritu del niño: despierta en él una atención voluntaria hacia su trabajo; el niño elige el trabajo con preferencia al juego; trabaja lo mejor que puede si no es vigilado; concede un gran valor al trabajo realizado. Y no hablo aquí de

los pequeños sabelotodo con gafas y espaldas encorvadas, sino de aquellos que, en la escuela, son los peores Bandarlog.

Toda la atención que los lobatos prestan a los temas de estrellas y especialidades constituye un auténtico trabajo; de ahí su valor. Los que intentan convertir esta enseñanza en un juego, yerran el camino. Ciertamente, se podría imaginar un juego mucho mejor que la señalización mediante el semáforo, pero en tanto que trabajo resulta inestimable. Precisamente porque todo eso es trabajo, hay que prestar mucha atención al “término medio”, hay que prestar mucha atención al “término medio”; si sólo fuera un juego, no tendría importancia. Cuando los lobatos se empujan y dan volteretas en una refriega ruidosa, no se juzgan sus cabriolas; es en el momento de pasar las pruebas de primera estrella cuando se vigilan seriamente sus evoluciones. Conceder el aprobado a un trabajo mal hecho, es perjudicar al carácter del niño, es dejar de prepararle para aquello que el mundo esperará de él mas tarde. Si los lobatos llegan a aprender estas dos lecciones, a saber, que el trabajo es la cosa verdaderamente importante de la vida, y que, en el trabajo, hay que hacerlo lo mejor posible y buscar la mayor perfección, habrán aprendido algo que les prepara tanto para este mundo como para el otro.

Pero, para los niños, el trabajo no es sólo valiosísimo como preparación para la vida, sino también como formación directa del carácter.

Jugar bien forma el carácter de una manera determinada; el trabajo, también. Para comprender eso, hemos de recurrir a nuestra propia experiencia. No fueron los temas en torno a los cuales habíamos mariposeado, los que formaron nuestro carácter, sino más bien aquellos que nos ocasionaron quebraderos de cabeza y que realizamos perfectamente. Probablemente tuvimos que superar toda clase de debilidades naturales y pecados tontos, a los cuales nos habríamos abandonado si nos hubiese sido posible. El hecho de no trabajar nunca realmente es la causa de que muchos niños crezcan con un carácter tan poco formado, y el hecho de que el escultismo haya proporcionado a los niños el deseo de trabajar y les haya inspirado el estar siempre listos y hacer todo siempre mejor, es la razón de que sea una maravillosa formación del carácter. El escultismo es tan amplio como la vida: abarca los dos extremos, el trabajo y el juego, y saca el mejor partido tanto del uno como del otro.

CAPITULO VII LA OBEDIENCIA

“Las fortísimas y esclarecidas armas de la obediencia.”

SAN BENITO, Regla, prólogo.

“Lo más esencial en la educación de un ser humano es enseñarle a obedecer; y es inmenso el valor de esta lección, tanto en lo que se refiere a la formación del carácter como al bien de la sociedad. Lo contrario de la obediencia, es prurito de mando, es la causa de la mayoría de las desgracias de los individuos y de la sociedad, de las cuales el mundo es hoy testigo. Situar deliberadamente su voluntad bajo un estado de sujeción, es exorciza el espíritu del mal.” Así habla el cardenal Gasquet.

“EL lobato obedece al Viejo Lobo”. Así se expresa la Ley de la manada, y el primer “Pata Tierna” que llegue explicará que la primera regla de los lobatos es: obediencia.

Al hacer de la obediencia el fundamento mismo del lobatismo, B.-P. construyó sobre la roca en la que se apoya la auténtica formación del carácter. La obediencia es el principio fundamental y elemental de todo cuanto hay de bueno, noble heroico, en la vida del hombre. La verdadera religión empieza y acaba con la obediencia absoluta del alma humana a Dios. El coraje es la obediencia de la carne al espíritu, tal como justamente ha dicho un soldado francés. La armonía es la obediencia de las cosas a una ley. En tiempo de guerra la desobediencia es castigada con la muerte: la vida entera ¿no es acaso “tiempo de guerra”? Entonces ¿qué conclusión debemos sacar?

Tal vez en ninguna otra época como la nuestra se haya perdido tanto de vista el ideal de la obediencia. Es magnífico, pues, el que el escultismo, sistema de formación para la vida, parte de este primer principio: “El lobato obedece al Viejo Lobo.” B.-P. hizo muy bien asentándolo cómo el fundamento de su sistema. Resultaba muy osado, y sólo un hombre que tuviera auténtica fe en la bondad innata del alma humana, podía tener esta audacia, ya que la obediencia no es popular entre los niños. Esta palabra les dice muy poco a su imaginación novelesca, como puedan hacerlo las palabras caballeridad, honor, coraje, resistencia. De hecho, una tradición errónea ha crecido como una planta nociva en torno a la idea de obediencia y ha desviado la magnífica idea divina, para convertirla en un concepto humano tan odioso como erróneo. Ello es debido a quienes, con muy poca inteligencia, han carecido de visión en su manera de concebir la obediencia. Los adultos de todos los tiempos han querido que los niños obedezcan; pero su principal error ha sido preocuparse mucho menos de la calidad de la obediencia obtenida que del hecho de obtenerla.

Mientras existía una sumisión al orden, nadie se preocupaba de saber si este orden tendría como efecto provocar sentimientos de rebelión, y la decisión de desobedecer en cuanto fuese posible y sin mesiadados inconvenientes. Era poco importante saber por qué un niño desobedecía, con tal que obedeciera. E que la obediencia fuese penosa e irritante, eso se daba por descontado, y resultaba muy natural. ¿Quién se sorprenderá, después de eso, que la palabra “obediencia” se haya convertido en una palabra siniestra para los niños?

Y sin embargo, en el mundo entero ha empezado a surgir un ejército de niños, de muchachos, que consideran la auténtica obediencia como un ideal digno y razonable. La obediencia en sí misma: realmente, se ha producido un milagro en la mentalidad del niño. Mirad: Salomón, con toda su sabiduría, no podía ir más allá de una idea de la obediencia cuyo símbolo era el látigo.

Pero esta cuestión del género de obediencia más elevado, resulta, en realidad, muy sutil. De hecho, hay muchas razones que abonan la obediencia.

A fuerza de observar los lobatos durante muchos años, me he visto forzada a sacar la conclusión de que la forma más pura de la obediencia, la disciplina más dura y la mejor formación del carácter se encuentran en la obediencia que prestan los lobatos, no a su jefe de manada, sino a su seisenero. De entrada, puede parecer una afirmación extraña. Pero creo que es cierta. En cualquier caso, se considere o no como una afirmación imprudente, merece la pena estudiar la cuestión, al menos para poner en evidencia lo que constituye el principio fundamental de la formación del carácter.

* * *

La obediencia puede ser de dos clases: aquella obediencia ideal y voluntaria que es el acto más elevado de voluntad, o bien una obediencia de orden inferior, nacida de la coacción, del temor, del hábito o del dominio de una personalidad más fuerte. Resulta evidente que la primera de estas dos formas de obediencia es la que forma realmente el carácter.

Tal es a menudo la obediencia de un buen lobato hacia su jefe de manada; pero, si se reflexiona atentamente sobre so, uno se dará cuenta de que no siempre se trata de la obediencia en sí misma, de la obediencia consciente y razonada. Dejemos a un lado temor o coacción; hay que admitir que una gran dosis de la obediencia de un lobato ordinario se debe a la personalidad del jefe de manada. Este es un adulto, posee una personalidad claramente definida, y ocupa probablemente un lugar destacado en el campo de los afectos de sus lobatos. Cuando dice algo, cada lobato sabe que quiere que sea hecho, y lo hacen porque la obediencia a una voluntad superior es la línea de menor resistencia. Aquel jefe de manada que, en vez de enseñar a sus niños a razonar su obediencia, emplea habitualmente este poder, no tardará en descubrir que los lobatos tienen una tendencia a engañarles en cuanto gira la espalda, y que no puede dejarlos impunemente en manos de un ayudante con menos autoridad. Nos vemos forzados a admitir que esta clase de obediencia, por muy útil que sea para mantener el orden en una reunión de lobatos, no es una auténtica formación del carácter.

La enseñanza de la auténtica obediencia a los muchachos, a veces parece una tarea casi imposible. En general, es una inclinación totalmente ausente en el niño. Pero es aquí donde juega un papel valioso el sistema de seisenas.

La obediencia de los lobatos a su seisenero, es de un orden mucho más elevado a la que prestan de ordinario a su jefe de manada. Por tanto, es mucho más difícil de conseguir. Pero una vez

conseguida, incluso en un grado mínimo, se puede lanzar un suspiro de satisfacción y afirmar que se ha alcanzado un resultado muy positivo. Porque la obediencia de los lobatos a sus seiseneros, viene inspirada casi únicamente por una comprensión razonada del valor, de la necesidad y de la virtud de la obediencia. Un seisenero carece prácticamente de medio alguno de coacción. A pesar de que debe tener suficiente personalidad para imponerse, no ha alcanzado la edad necesaria para que esta personalidad pese mucho en la balanza. Los lobatos le obedecen porque ha sido puesto al frente de ellos, o bien porque ellos le han elegido, como una autoridad legítima dentro de la manada, y porque el hecho de ser lobatos les exige la observancia de la Ley de la manada, que se fundamenta en la ley de la obediencia.

Le obedecen también porque creen con razón que, por su carácter y sus capacidades, es digno de ser obedecido, y que en tanto que lobatos, será por su bien someterse a él. La naturaleza misma se revuelve cuando alguien que no posea el poder de hacerse obedecer, intenta exigir la obediencia: por consiguiente, cada vez que un lobato obedece a su seisenero, hace un acto directo de la más elevada voluntad. Todo acto de ese género facilita el acto subsiguiente, con lo que, al romperse la resistencia, se da paso a la más preciosa de las cualidades: una voluntad firme de obedecer.

Por consiguiente, si la manada se construye basándose en el sistema de seisenas, es porque tenéis algo muy concreto y muy simple a inculcar a los lobatos en este aspecto: les predicáis la verdad de que los lobatos deben obedecer porque la obediencia es buena, y el hecho de ser a un camarada a quien hay que obedecer, suprime todos los demás motivos de obediencia que se presentan en la vida cotidiana de un muchacho. Concentrando todas sus facultades en este motivo único, los lobatos lo captan más claramente y, ventaja incomparable, cuando todavía no han tenido tiempo de asimilar la idea, ya se les presenta la ocasión de ponerla en práctica. No se trata tan sólo de una lección de cosas, sino que, si se nos permite la expresión, es una lección de personas, es una lección en la cual el propio lobato es el actor.

Como ya he dicho anteriormente, esta obediencia a los seiseneros es bastante difícil. Pero se puede conseguir. El que sea un ideal que sólo se obtiene a fuerza de paciencia y perseverancia, es algo que se desprende del hecho de que quienes obedecen a sus seiseneros, son los verdaderos lobatos, los lobatos buenos de la manada, los más enérgicos, los más entusiastas, los más bulliciosos, los más dotados de iniciativa.

A veces me he detenido a observar a un seisenero tratando de reunir a un grupo de muchachos indisciplinados, integrado sobre todo por principiantes. Lo que más me ha sorprendido es la paciencia del segundo que repetía una y otra vez los mismos actos, sin murmurar; a pesar de que ejecutara perfectamente el movimiento ordenado, se imponía la repetición porque la seisena era todavía poco madura y el seisenero estaba decidido a no permitir que sus lobatos hicieran las cosas mal. El segundo era probablemente el único muchacho que cumplía verdaderamente un acto de obediencia, y sin embargo, era el único que no tenía necesidad de ese ejercicio, y tal vez tuviera otras ocupaciones importantes a que dedicarse. Este segundo poseía la verdadera obediencia: estaba maduro para ser seisenero.

Es así como, poco a poco, los lobatos se van revistiendo de “las fortísimas y esclarecidas armas” de que habla san Benito en el prólogo de su Regla, y van entrando en el mundo mejor equipados que otros para lanzarse al gran combate de la vida.

CAPITULO VIII

DEFECTOS Y REPRIMENDAS

1. LOS DEFECTOS

Me pregunto si los jefes de manada leen a menudo el cuadro sinóptico del Manual de lobatos (véase pág. 83), en el cual Baden Powell agrupó los defectos de los muchachos y los remedios que aporta el Lobatismo. Es una de las páginas más claras y más sugestivas de ese libro.

Repasando la lista de defectos, podemos evocar tal o cual muchacho, en el cual se daba una u otra de esas malas cualidades, y que ahora ha cambiado totalmente. Esto nos produce auténtico consuelo: la mera consecución de este resultado pagaría todas las fatigas y todos los esfuerzos.

También resulta interesante repasar mentalmente nuestra manada y ver si aquel defecto que antes poseía, como manada en conjunto, ha ido eliminándose en el transcurso del tiempo; mucho más que la reforma de los individuos, esto es realmente la piedra de toque de nuestros métodos.

Por supuesto que los defectos mencionados por B.-P. no deben aparecer todos ellos en las manadas, consideradas éstas como comunidades. Pero, con el repaso de la lista, podemos recordar manadas que están afectadas por algunos de dichos defectos. Tomándolos por el orden que B.-P. los enumera, podemos decir que los que resultan aplicables a la manada en bloque, son: las indecisiones y la jactancia, la timidez, las ganas de molestar, el espíritu de destrucción, la falta de cuidado, la impaciencia y la desobediencia. El cuadro nos indica la causa de todos ellos, y nos señala que la educación del carácter es su remedio.

Los grupos de “remedios” no dan más que las líneas generales, como es natural, o mejor todavía, indican la forma como el programa oficial de pruebas resulta aplicable para las necesidades de los niños. La plena formación del carácter, el auténtico remedio, debe hallarlo el propio jefe de manada.

El ambiente de donde provienen los lobatos, la atmósfera que respiran y muchas otras circunstancias tienen, como es natural, mucho que ver con las cualidades de la manada; pero, aún teniéndolo en cuenta, siempre es dable constatar los resultados concretos de dos influencias: los métodos seguidos en la manada, y el objetivo perseguido por el jefe de manada.

Eso, tal vez pueda observarse más claramente en una manada que en una tropa: los lobatos, por su edad, resultan más impresionables que los scouts, son más entusiastas y tienen menos sentido crítico, y por eso se lanzan de todo corazón en los métodos adoptados. Son menos cerrados y más aptos para reflejar el espíritu de su jefe.

No tengo intención de entrar aquí en detalles sobre los defectos de la manada o de sugerir métodos para remediarlos. Todo lo que puede hacer es poner el espíritu de los jefes de manada frente al problema, y de paso ofrecer algunas ideas.

Para limitarnos a un solo punto, creo que la negligencia es uno de los defectos más comunes en la manada. Se podrá argüir que se trata de un defecto superficial y totalmente negativo. Pero en mi opinión, estimo que es extremadamente nocivo, sobre todo cuando existe en un grupo, y no sólo en un individuo.

El esmero ha sido la base de más de una carrera afortunada; la negligencia ha comprometido más de una carrera que se prometía brillante. Una manada, en la que nadie luche contra este espíritu, no es un terreno favorable para la formación del carácter, e incluso algún niño cuidadoso por temperamento o por educación, tal vez contraiga en ella hábitos desagradables. Consecuencia: esos hábitos perdurarán en él, o bien será preciso, tanto para él como para los demás, un esfuerzo enorme para desprenderse de ellos. La causa de esta negligencia, tal como indica muy oportunamente el cuatro, es la falta de interés: no se ha enseñado al niño a interesarse por lo que hace.

Pero, por más que los métodos y los principios generales puedan modelar la manada, es preciso, si se quiere trabajar en profundidad, estudiar el temperamento de cada niño e intentar encontrar el remedio a sus defectos personales. Es muy frecuente el prestar una atención preferente a los muchachos que tienen defectos importantes, y por consiguiente, negligir y “estropear” los niños buenos. Incluso los buenos, tienen sus defectos y precisamente porque algunos de ellos son magníficos hombrecitos, hay que esperar mucho de ellos y no permitir que pasen inadvertidos sus más mínimos defectos.

Volvamos a nuestro cuadro. Los defectos negativos, tales como la timidez, la negligencia, la impaciencia, la torpeza, se irán corrigiendo poco a poco, directamente, a través del proceso de la formación del carácter, e indirectamente, mediante la educación de los hábitos opuestos. La vanidad, la jactancia, la afición a la burla y el espíritu de destrucción, encontrarán probablemente su remedio en una represión perentoria que se ejercerá con ocasión de sus más mínimas manifestaciones. El egoísmo se curará insistiendo con paciencia en la práctica voluntaria de la virtud opuesta y recordando frecuentemente los verdaderos principios, tanto desde el punto de vista scout, como desde el punto de vista religioso. Se eliminará la mentira, tomando en serio cada acto en concreto, explicando con paciencia la gravedad de la falta, e intentando provocar un sincero arrepentimiento y una firme voluntad de enmendarse. En cuanto a la crueldad, se recurrirá a los sentimientos y a la imaginación. Por lo que se refiere a la desobediencia, ésta es la falta más directamente opuesta a la Ley de la manada, la causa ordinaria de toda clase de problemas, el defecto más difícil de vencer, y el que más precisa de corrección, por lo mismo, es preciso tratarlo con firmeza.

El jefe de manada debe velar, en primer lugar, por no dar órdenes inútiles, pero una vez dada la orden, hay que exigir su ejecución. La desobediencia razonada y voluntaria es un acto que no hay que dejar pasar en modo alguno.

En la manada no hay “castigos”. Pero existen ciertas penalidades a las que hay que recurrir forzosamente de vez en cuando, tales como la suspensión durante un corto período, la degradación del grado de seisenero o de segundo, etc. Es muy penoso tener que aplicar sanciones, pero también nosotros, jefes de manada, tenemos que observar el artículo segundo de la Ley de la Manada. El mejor medio para llegar a ser justo, es dejar la sentencia en manos del consejo de seiseneros.

2. LAS REPRIMENDAS

Todo eso, evidentemente, resulta aplicable a lo que podríamos llamar pecados por hábito. El jefe de manada los puede tratar adecuadamente si actúa con sangre fría, y permítaseme esta expresión.

Pero hay algo mucho más común en nuestra experiencia diaria: me refiero a las numerosas pequeñas faltas que reclaman una reprimenda en todas las reuniones de manada.

Saber lanzar una reprimenda, es todo un arte, y merece la pena que lo analicemos con detalle.

Las observaciones que voy a hacer, no tengo la intención que sean consejos perentorios hacia mis hermanos jefes de manada. De hecho, no son más que notas sueltas, descubiertas en mi carnet donde las había apuntado, consejos perentorios que me daba a mí misma, escritos en un momento de reflexión sin duda después de una dura jornada de trabajo. Los ofrezco aquí por lo que valen. En mis reflexiones de este género, pienso mucho más en los adultos en general, que en los jefes de manada en particular. Los jefes de manada se encuentran, de ordinario, por encima de las faltas corrientes de los adultos.

* * *

La severidad de una reprimenda no tiene nada que ver con el grado de descontento provocado en el adulto por la falta del niño. Tampoco tiene que tener nada en común con el grado de escándalo que las otras personas presentes o ausentes puedan sentir. La severidad de la reprimenda debe estar proporcionada con la malicia del motivo que ha inspirado la acción, es decir, desobediencia formal, egoísmo, orgullo, cólera, negligencia o simplemente falta de atención o pura tontería. Luego, debe guardar relación con la dosis de severidad que se estima necesaria para la falta en concreto, o para el niño en concreto. En dos palabras, es preciso que sea una severidad razonada.

Una reprimenda desproporcionada en relación con la falta, pierde toda su fuerza, todo su valor. Aparte de que no consigue su fin propio, puede producir un mal positivo.

1. Cegar completamente al niño sobre la malicia intrínseca de su acto.
2. Excitar en él sentimientos de cólera, de aversión, de rencor, de humillación, cuyo resultado es que pierde su confianza en el jefe.
3. Asustarle, desconcertarle, herirle o desanimarle. El resultado será que se volverá física y mentalmente nervioso en presencia de la persona que le ha reprendido, y que, por desaliento, podrá abandonar la lucha contra sus defectos.

Después de una jornada de trabajo duro con nuestros lobatos, es conveniente pasar revista a todas las reprimendas que hayamos tenido que hacer, examinar las razones a las que hemos obedecido actuando de este modo, y los motivos que han provocado esas reprimendas.

Los niños evalúan el bien y el mal de sus actos, casi exclusivamente por la intención que encierran, no por la materialidad del acto realizado. Por instinto, conocen el grado de malicia que hay en sus desaguisados. Si la reprimenda guarda proporción y se hace sin impaciencia ni ira, no os criticarán; al contrario, sacarán provecho de ella, ya que los niños son extremadamente justos. En muchos casos, sin embargo, los niños han abandonado toda esperanza por conseguir una auténtica justicia: saben que la severidad del reproche (o del castigo) dependerá del grado de cólera provocado en las personas mayores. Este grado, a su vez, dependerá del humor de la persona en aquel día, o de hasta qué punto el acontecimiento haya alterado su comodidad personal, o incluso del grado de indignación o de cólera provocado en una tercera persona presente (o que oirá hablar del asunto). El niño, por poco malicioso que sea, podrá medir por adelantado, con toda exactitud, la severidad de la reprimenda que va a llegar, y, según los casos, se pone a temblar o a reír. La reflexión sobre el grado de malicia de su acto, ni siquiera asoma en él. La falta ha dejado de parecerle mala en sí misma: hasta tal punto le resulta evidente que la persona mayor que le castiga no lo hace por la intención, que era lo reprehensible, sino por haber cometido como un crimen o como una “inconveniencia” en sí misma. De este modo, el objetivo de las reprimendas queda completamente falseado y el juicio que merece la persona mayor se convierte en materia de desprecio, en vez de respeto, como debiera ser.

LOS DEFECTOS DE LOS MUCHACHOS Y LOS REMEDIOS DE LOS LOBATOS

Defectos frecuentes en los muchachos	Causas	Necesidad de progreso en materia de	Grupos de remedios	Actividades e insignias de los lobatos
Pose Señales Jactancia Timidez Mentira	Falta de experiencia	Inteligencia	Observaciones de la naturaleza	Colecciones
Afición a la burla Necesidad de destruir Falta de interés Negligencia Impaciencia	CARACTER	Habilidad Manual	Dibujo Tejer	Trabajo de la madera
Desobediencia Primeras curas Egoísmo Crueldad	Falta de consideración	Ayuda al prójimo	Trabajos domésticos	Servicios de Guía hacia los demás
Torpeza Debilidad física Falta de conocimientos y cuidado personal Defectos físicos remedia	SALUD FISICA	Gimnasia e higiene personal	Gimnasia Juegos de equipo y de ejercicios	Natación

El cuadro que reproducimos en esta página figura en el libro de Lord Robert Baden-Powell, The Wolfs Cub's Handbook (Londres, Pearson, 1917); trad. Castellana: Manual de Lobatos (Méjico, Escultismo).

CAPITULO IX

EL SEISENERO

Hasta ahora, sólo he prestado atención al seisenero en el capítulo sobre la obediencia.

De hecho, el seisenero ocupa un lugar muy importante. Es muy difícil que, de los métodos y procedimientos de que he hablado, haya alguno que pueda alcanzar el objetivo propuesto, sin la energía, el entusiasmo y la leal colaboración del seisenero. Incluso ahora, al hablar de él, debo dejar que sean los Jefes de manada quienes descubran por su propia cuenta los diversos puntos en los que el seisenero rige prácticamente las diversas actividades de la manada, y lo que podríamos denominar la forma indirecta como él influye en la formación del carácter de sus lobatos.

Ya he descrito el medio principal con el que actúa directamente sobre esta formación del carácter, es decir, exigiendo una auténtica obediencia.

Ahora me falta decir unas palabras sobre el efecto que su función produce en su propio carácter.

En primer lugar, ¿qué tipo de muchacho debe ser este seisenero?

Debe ser un muchacho que se haya endurecido y que haya aprendido a obedecer; un muchacho que haya comprendido el ideal contenido en el lobatismo y que haya empezado seriamente a ponerlo en práctica. Estas son las condiciones realmente esenciales.

Seguramente que hay muchas otras cualidades que son de desear en el seisenero, y muchos los factores necesarios para obtener un seisenero ideal; pero, como es natural, no podemos esperar tener unos seiseneros ideales, ni siquiera tener más de uno en la manada.

Resumamos, sin embargo, estas cualidades:

El seisenero ideal, es un jefe nato: posee una personalidad que se impone suficientemente, un fondo de paciencia, de optimismo, de humor, de empuje alegre y de caridad; el don de enseñar, la competencia técnica; un profundo sentido del deber, una fe simple en Dios; una verdadera comprensión del objetivo y del ideal del lobatismo.

El hecho de que todo esto debería darse en un perfecto seisenero, supone que todo seisenero, si siente deseos de llegar a serlo, intente ir conformándose poco a poco a ese modelo. Su objetivo no es el de un simple lobato, ya que se espera mucho de él.

A menudo he observado que el proverbio: “De tanto maltratar al perro, éste se vicia”, se cumple totalmente en la manada; pero también se da lo contrario, y “cuanto más se espera, más se

obtiene”, es un adagio que puede aplicarse a los seiseneros. En este sentido, ser seisenero hace un bien a los muchachos que no están especialmente dotados para ello. Pero ser seisenero comporta todavía algo casi más importante, a mí entender: ofrecer al muchacho dotado una oportunidad para manifestarse.

Cuanto más estudio a los lobatos, más me doy cuenta de que el lobatismo reforma poco a los niños difíciles, y que sólo ofrece la ocasión, la posibilidad de manifestarse a quienes ya poseen una buena base.

Cuanto más estudio a los lobatos, más descubro el tesoro de posibilidades morales y espirituales que puede contener el alma de un muchacho, y más me doy cuenta de hasta qué punto la vida normal no sabe muchas veces utilizar y desarrollar esas posibilidades. Como en los sueños de juventud, las posibilidades se desvanecen, si no pueden encarnarse en algo concreto. Cada vez que pienso en esto, lamento que haya tan pocas manadas de lobatos para tantos millones de muchachos en el mundo.

Hay todavía un aspecto que desearía precisar, a propósito de los seiseneros: muchas de las observaciones hechas anteriormente, en lo que se refiere a la actitud de los jefes de manada de cara a los lobatos -por ejemplo: la forma de enseñar, de reprender, de mandar-, resultan igualmente aplicables, en cierta medida, a los propios seiseneros.

Observad a los vuestros: notaréis que poseen una especie de conocimiento instintivo sobre la forma como hay que actuar y resolver los problemas que se presentan; una rectitud de juicio, una pureza de intención, también instintivas; intuyen las intenciones reales de los otros, sus propósitos, sus motivaciones, sus posibilidades en bien o en mal; igualmente, para apreciar las posibilidades que ofrecen las empresas que se les sugiere, los planes que se les propone, las circunstancias en que se encuentran, están dotados, utilizando una expresión muy exacta, de una visión anticipada de las cosas, que resulta sorprendente. Y a todo esto, nosotros, que ya somos adultos, sólo llegamos después de larga experiencia (probablemente después de haber aprendido mucho... de nuestros seiseneros).

Así pues, mucho de lo que ya he dicho acerca de las reprimendas, y todo lo demás, ya lo ponen en práctica instintivamente los seiseneros. Resulta, con todo, útil aprovechar esta feliz tendencia, y cuando se presente la ocasión, ayudarles a tomar conciencia de la idea que yace en el fondo de este instinto. Actualmente, ellos actúan como conviene en virtud del instinto va desapareciendo: a menos que no sea reemplazado por un principio, esos muchachos llegados a hombres no sabrán desenvolverse mejor que los otros, en el momento en que deban tratar niños u otras personas adultas.

En las reuniones de seiseneros, el que sea inteligente y tenga ganas de formarse, puede aprender muchas cosas de un jefe de manada juicioso y lleno de tacto.

CAPITULO X

EL CAMPAMENTO

La formación del carácter es, ciertamente, una de las finalidades que el jefe de manada puede proponerse al preparar el campamento anual de su manada.

¿De dónde proviene, en última instancia, el inmenso provecho que un niño obtiene integrándose en la manada? El juego organizado; la voluntaria dedicación al trabajo; el sentido de responsabilidad, por el hecho de pertenecer a la fraternidad scout; por encima de todo, la formación de buenos hábitos (como dice la Imitación, “el hábito se vence mediante otro hábito”): todo eso tiene mucha importancia. Pero, a pesar de que cada uno de esos puntos tiene un lugar bien definido dentro del método, hay todavía otra cosa, otra cosa menos fácil de definir, de la cual los muchachos apenas tienen conciencia, y que podríamos denominar la vida de la manada en tanto que comunidad.

La manada es una comunidad, y toda comunidad tiene necesariamente su espíritu y su ideal particulares. En el campamento es donde el espíritu de comunidad tiene la mejor ocasión para afirmarse y actuar sobre los individuos. Es donde los niños empezarán a tomar conciencia de ella, y la influencia que sobre ellos ejerce se hará sentir durante el resto del año, de manera diferente.

En la vida ordinaria de la manada, este espíritu de comunidad, tan frágil, es constantemente atropellado, hasta correr el peligro de desaparecer. En primer lugar, las reuniones duran muy poco; luego el local resulta a menudo poco adecuado: es una pieza pequeña, donde se amontonan los muchachos, y de donde hay que salir a la hora fijada, para que entre la oleada de scouts impacientes; o bien es una clase grande y vieja, todavía con la atmósfera sofocante de una jornada de clases, con un conserje avinagrado que saldrá violentamente de su cuchitril a la más leve provocación, como si de una gran araña se tratara. Y luego, es tanto el trabajo a realizar: la manada debe progresar mediante la consecución de estrellas y especialidades, hay que organizar las fiestas, conviene entrenarse para los concursos de distrito, y ante el poco tiempo de que se dispone, la precariedad de la instalación y las prisas del trabajo, resulta muy difícil conseguir una auténtica disciplina. En cuanto han hecho acto de presencia los malos modos y el desorden, las observaciones ácidas y las discusiones... aquel espíritu imperceptible desaparece y la manada se convierte en algo que está entre un centro de juegos mal dirigido y una escuela que no marcha.

Pero en el campamento, todo es distinto. No existe limitación de tiempo: la vida de la manada se prolonga durante todo el día soleado, durante toda la noche estrellada. Nos levantamos y nos lavamos alegremente, envueltos por el espíritu de la manada; hacemos nuestras plegarias de lobatos. ¿Y el local? Los amplios prados verdes, los bosques, el mar y su ribera dorada: no hay que ocuparse del “hermanito”, ni ir “a buscar la lecha”, o “el periódico”, o “hacer recados”, todos aquellos obstáculos que, en tiempo normal, pueden impedir venir a la manada; el hogar o es triste y sin amor. Aquí no hay nada que pueda disipar la influencia del espíritu de la manada que empieza a dejar sentir su efecto mágico. No hay concursos a preparar, ni juegos a desarrollar bajo un silbato de árbitro y una disciplina severa. El jefe de manada tiene tiempo para conseguir suavemente una obediencia ordenada. Todos aprendemos a amarnos, a no pelearnos, y

empezamos a comprobar que no sólo somos individuos, sino una comunidad; empezamos a percibir nuestro objetivo común; a estar orgullosos de nuestro ideal, a humillarnos ante la idea de que no somos tan buenos como creemos, y a dejarnos invadir por el deseo de ser unos buenos elementos de la manada.

Este desarrollo de la vida de la manada debe ser el objetivo del jefe que organiza el campamento, ya que ahí es donde radica la mejor formación del carácter. Pero, para alcanzar este objetivo, el jefe deberá llevar las cosas de manera conveniente; la libertad del campamento no deberá ser la de los Bandar-Log, sino una libertad que comunica una regla sabia, en cuyo interior uno se puede desencadenar sin peligro. El espíritu de familia no debe ser ni aquella especie de familiaridad que engendra el menos precio, ni el simple espíritu de clan, sino un espíritu de respeto e indulgencia recíprocos, de justa apreciación y de simpatía, que sólo puede aprenderse en comunidad y que es el único que puede modelar verdaderamente el carácter. Para conseguirlo es preciso que el jefe de manada tenga prudencia en la reflexión, serenidad en el juicio y tacto.

El campamento no es una escuela de corrección; es una distensión bien ganada, gracias a la cual los lobatos vuelven mejor equipados para el año que va a empezar.

El campamento no debe ser demasiado grande. Debe disponer de un número de jefes suficientes para que puedan ocuparse de los niños y de la cocina, y no sólo de una parte en detrimento de la otra. Si tal o cual muchacho tienen tendencia a echar a perder lo que se organiza, no se dude en tomar urgentes medidas con toda severidad, porque evitarán que aparezcan problemas mayores.

Y así irán discurriendo los diez días, que tal vez sean para muchos niños los diez mejores días de su existencia, y les represente una revelación de lo que se puede hacer en la vida; un período inolvidable cuyo reflejo tal vez colorea la época todavía lejana en la que los lobatos de hoy ya dispongan de casa propia y sean, a su vez, responsables del espíritu de otra comunidad.

* * *

(Lo que sigue se aplica más concretamente a las manadas de las ciudades.)

Es importante recordar que para los pobres lobatos que no conocen otra cosa que el calor y el polvo de las ciudades, la calle y la escuela en la que hay que encerrarse durante todo el día, el campamento representa para ellos un auténtico regalo, una fiesta.

Podrá tener un valor educativo y una influencia disciplinaria, pero ello será secundario. Lo que queremos es divertirnos, porque esta diversión espontánea, a la cual uno se entrega de todo corazón, tiene mayor influencia y actúa más a fondo para conservar una verdadera confianza y una verdadera amistad entre los lobatos y su jefe, el Viejo Lobo, que un plan regular, un orden juicioso del día, ejecutado laboriosamente.

Para los scouts, el mero hecho de acampar, las ocupaciones de rastreo, de descubierta del bosque, el encender el fuego, cocinar la comida e incluso lavar los platos, ya constituyen una buena parte del placer que experimentan; además, se dan perfecta cuenta del valor del programa de trabajo scout que ha sido trazado, y encuentran en él una buena oportunidad para pasar las pruebas.

Pero los lobatos se interesan mucho más por los grandes prados verdes donde pueden rodar por la hierba, por el espacio inmenso donde pueden jugar a pelota; aprecian más las delicias del columpio, las maravillas de un baño de mar o de una tarde salpicándose dentro de un arroyo, el encanto de tirar con un arco y unas flechas que ellos mismos se han construido, el espiar los conejos y el subir a los árboles. Todo eso es perfectamente natural, y hay que tener muy en cuenta lo que es natural.

Por lo tanto, no hay que conceder demasiada importancia al programa del día. Es sobre todo el medio de terminar rápidamente el trabajo y da una nota justa de disciplina que evita, en el campamento, una alegría excesivamente tumultuosa, que fácilmente degeneraría en indisciplina.

Sin embargo, en el programa del día hay una cosa que debe ser escrita, anunciada y seguida al pie de la letra: la lista de servicios del campamento. Ello evita las discusiones sin fin para saber “a quién le toca”. En un campamento normal de veinte muchachos, es conveniente designar a dos de ellos para cortar la leña, dos más para ayudar en la cocina, dos más para servir y lavar el material de cocina. Una seisena, pues es capaz de asegurar la realización del trabajo del día.

El jefe de manada se dará cuenta de que no dispone de un solo minuto para sentarse en la Roca del Consejo y reflexionar; sin embargo, aprenderá muchas cosas de los lobatos, incluso cuando, aparentemente, se está ocupando de media docena de cosas a la vez. La vida de campamento revela el carácter de los niños, en una medida que nunca se alcanzará en las reuniones ordinarias. Algunas de las cosas observadas por el Viejo Lobo, relativas a sus lobatos, le resultarán agradables. Volveremos a ello dentro de poco.

Pero también observará otras, que le harán llegar a las conclusiones siguientes:

1. Es inútil irse y creer que los lobatos trabajarán por sí solos. Puede hacerse eso cuando se trata de scouts, pero no con los lobatos.
2. El lobato desobediente resulta una catástrofe en el campamento. Si se trata de un niño pequeño, lo peor que pueda hacer será molestar a los demás. Pero si se trata de uno ya mayor, os aconsejo de vera que lo dejéis en su casa; puede estropear aquel espíritu de alegría y fraternidad que es el espíritu propio del campamento.

Durante el campamento de la manada, el Viejo Lobo se dará cuenta de ciertos detalles que le resultarán agradables y le darán a comprender que, en la forma de acampara de los lobatos, hay algo muy bueno y propio de ellos: por encima de todo, su ardiente entusiasmo que nada puede entibiar, ni siquiera el mayor contratiempo; la forma como ponen en práctica, en cualquier ocasión, la Ley y el Lema; representará un consuelo para el Viejo Lobo constatar que los lobatos (¡al contrario de la mayoría de los scouts!) pueden quedar dormidos en diez minutos, incluso la

primera noche de campamento, si se les da a comprender cuán tontas son las habladurías que molestan a los otros e impiden a todos descansar.

Así pues, no hay dificultad en conseguir un campamento bien hecho, feliz y útil, con un grupo normal de lobatos (es decir, sin tener un muchacho que sea desobediente y egoísta). Y con un contingente de muchachos especialmente buenos, se puede conseguir un campamento penetrado del mejor espíritu scout, un campamento realmente espléndido.

CAPITULO XI

CÓMO EXPLICAR CUENTOS

Los cuentos no son en modo alguno un lujo para los niños, sino una auténtica necesidad. ¿No habéis percibido el acento, por decirlo así, hambriento del niño que pide un cuento? ¿O su suspiro de plena satisfacción cuando terminado el cuento, su espíritu y su imaginación, después de haberse ejercitado suficientemente, se han enriquecido con abundantes temas de meditación interior, con lo que se siente felicísimo de la bendición misteriosa que le representa la presencia tan próxima de un mundo imaginario?

Los cuentos son, para decirlo de algún modo, la expresión concreta y la realización del sentido de lo maravilloso que anida en el corazón de cualquier muchacho. Dado que esta ficción juega un gran papel en la vida del niño, y dado que nosotros jefes de manada, intentamos sacar todo el partido posible de lo que pertenece esencialmente a la naturaleza del muchacho, resulta necesario reflexionar seriamente sobre esta cuestión de los cuentos.

En primer lugar, intentaremos comprender la razón de esta sed de cuentos que hallamos en nuestros lobatos, para formarnos luego una idea sobre la mejor manera de satisfacerla.

Evidentemente, se puede trabajar tanto a “la luz de la naturaleza”, como a la luz de la razón; pero, a mí parecer alcanzar una auténtica comprensión del porqué y del cómo de nuestras acciones, añade un atractivo al trabajo y nos ayuda a superar las épocas de desánimo. Ello puede también preservarnos de caer en ciertos errores.

Las ideas que voy a intentar exponer en este capítulo no son teorías que haya puesto en práctica entre mis propios lobatos, sino que, por el contrario, son el resultado de un estudio a la luz de la naturaleza, que me ha permitido llegar a unas conclusiones determinadas.

Para facilitar el desarrollo lógico de las ideas en el examen de la cuestión, dividiré el capítulo en partes, y subdividiré cada una de ellas en párrafos. He aquí las partes en que puede dividirse la cuestión:

1. Necesidad de cuentos en los niños.
2. Utilización del cuento como agente de formación del carácter.
3. Diferentes tipos de cuentos.
4. La forma de explicar.

1. NECESIDAD DE CUENTOS EN EL NIÑO.

En el corazón del niño existe lo que podríamos denominar el instinto de lo maravilloso y de lo extraordinario. El niño vive buscando cosas y acontecimientos que, por una especie de misterio inherente a su propia naturaleza, o por las asociaciones de ideas que aquéllos despiertan en su espíritu, excitan su imaginación. Se trata, a menudo, de cosas que parecen puras simplezas para los adultos, pero el niño sabe mejor que éstos lo que representan.

Sin embargo, todas esas cosas o esos acontecimientos maravillosos están lejos de ser tan frecuentes como el muchacho desearía, y no siempre resulta posible emprender un viaje de descubrimientos en búsqueda de ellos. Para poner una comparación, no son más, en el mejor de los casos, que fragmentos de sucesos, un corto poema épico, mientras que existe un deseo instintivo por una canción de gesta, una epopeya, un drama.

Ahí es donde entra en juego el arte de contar cuentos: reúne todos los pequeños incidentes de la vida cotidiana, extrae de ellos todo cuanto puedan contener de maravilloso, y les confiere un principio de unificación, bajo forma de un héroe y de lo que se denomina una intriga.

El que narra, además, puede imaginar y describir innumerables peripecias novelescas que el niño no ha encontrado todavía en la vida real; éstas, además, resultan más seductoras por su relación con el héroe y por su gradual desarrollo en el curso de la narración. El cuento, a pesar de que se refiera a personajes y cosas reales, las transfigura, trasponiéndola a un plano mucho más novelesco que la vida cotidiana; y el propio auditorio se encuentra transportado a esta atmósfera.

De este modo, el muchacho puede finalmente vivir y respirar en ese ambiente de pura imaginación, por el cual siente una sed instintiva. Evidentemente, muchos niños pueden hilvanar cuentos por sí mismos, pero en general éstos no son más que consecuencia de los que han oído explicar.

En resumen, el muchacho apaga su sed por lo maravilloso con un cuento, puesto que, gracias a éste, puede deambular por el mundo de la leyenda y llenar en él sus pulmones de esa atmósfera fortificante.

Alimento de la imaginación

El niño, incluso cuando está ocupado en sus tareas cotidianas, vive imaginativamente. Su imaginación es la piedra filosofal que convierte en oro los temas más humildes.

Pero, para que esta imaginación sea todo cuanto debe ser, para que pueda conseguir, como dice Stevenson, hacer pasar “el carnero frío del miércoles por carne fresca”, es preciso que el espíritu del niño esté bien provisto de material imaginativo. Por ejemplo: si Robinson Crusoe se convierte para él en un amigo personal, el hecho de que se encuentre absolutamente solo, en ciertos momentos tendrá un encanto novelesco, sobre todo si por los alrededores existen algunos

trozos de madera y algunos útiles, así como algún objeto que, con un poco de buena voluntad, pueda considerarse como un barco. Para quienes conocen a Robin Hood, unos pocos árboles y unos cuantos muchachos bastan para construir el bosque de Sherwood. Un muchacho, para quien el mundo está poblado de caballeros y dragones, de cowboys e indios, de soldados y marineros, de cazadores de ballenas, no encuentra nada enojoso en la vida, salvo, desde luego, un problema aritmético, con una división a la vista.

El muchacho, al escuchar un cuento, absorbe las ideas y las almacena en su memoria; un día lluvioso, estas ideas aparecerán para alegrar y colorear la vida mortecina, hasta que otro cuento proyecte un nuevo haz luminoso con otros matices, sobre la pequeña y sombría escena de su razón.

Satisfacción de la curiosidad y del deseo de saber.

El espíritu del niño siente una gran curiosidad por este mundo fascinante que, tal como dice R.-L- Stevenson, está

“Lleno de tantas cosas, que deberíamos sentirnos tan felices como reyes.”

El niño conoce vagamente muchas cosas, pero sin tener intimidad alguna con ellas, o sin poseer una imagen de ella tan clara como desearía. La mayoría de las cosas de la vida que le fascinan - subterráneos secretos, cavernas, boomerangs, cuerdas para cazar animales, arcos y flechas, fusiles, aeroplanos, barcos de vela, caballos semisalvajes-, sólo entrarán en su vida mediante cuentos. Estos temas, y muchísimos otros, son lo que él busca en el mundo de los cuentos, a fin de familiarizarse con ellos y conocer su uso. Tiene sed de conocer: de este conocimiento concreto que se adquiere viendo cómo los otros se sirven de un objeto, o incluso sirviéndose uno mismo de él, en la persona del héroe. El niño precisa de los cuentos por lo que éstos implican, desde su punto de vista, de parte auténticamente esencial de su educación.

Satisfacción de la energía mental

La característica del muchacho abandonado a sí mismo es una gran energía corporal y espiritual; apenas está un solo momento tranquilo, y una buena parte de sus actividades implica un auténtico vigor. Paralelamente, su espíritu está incesantemente activo, aunque no todavía por el pensamiento, sino por la imaginación.

Su necesidad de ejercitar esta imaginación resulta comparable a la de desarrollar y ejercitar los músculos de su joven cuerpo. Por ello, cuanto su imaginación reclama de un cuento, es la ocasión de andar, por así decirlo, a grandes zancadas, al igual que los acontecimientos de la aventura.

Siempre está a punto de escalar junto con cualquier héroe, la montaña de una empresa. Aspira a aquella rápida sucesión de peripecias que siempre le llevan más arriba, hasta el instante en que su

historia cae, en picado como un saltador, y desemboca en un final satisfactorio. El sudor, alternativamente acalorado y frío, que provocan la actividad, el temor, el fracaso y los éxitos, las fatigas de un rudo combate, de una larga cabalgada o de una ascensión peligrosa; la gimnasia intelectual de una historia de detectives -todo eso es lo que reclama, a gritos, su imaginación ardiente, vigorosa y ágil. Sólo los cuentos pueden procurárselo, ya que, desde hace tiempo, los hechos propiamente históricos han quedado despojados de esas maravillas.

El auténtico reposo sólo llega después de un violento ejercicio. El espíritu del muchacho si no está siempre inquieto y en movimiento, es a causa de falta de ese ejercicio.

Confío que estas reflexiones den una explicación clara de lo que he denominado la necesidad de cuentos.

2. UTILIZACION DEL CUENTO COMO AGENTE DE FORMACIÓN DEL CARÁCTER

Experiencia

No hay nada tan educativo como la experiencia, pero ¡cuán reducida es la experiencia de la mayoría de nosotros! Cuando hacemos una cosa por vez primera actuamos de acuerdo con un conocimiento aproximado de la operación, fruto de nuestra imaginación, y no de acuerdo con el conocimiento adquirido con la experiencia. El cumplimiento de la acción, en realidad, resulta ser, a menudo, la corrección, a veces la confirmación, de nuestra “visión anticipada”. Pero la variedad de nuestras experiencias en el curso de nuestra vida es pequeña en comparación con la cantidad de las que imaginamos más o menos detalladamente, y en las cuales nos contemplamos jugando un papel preponderante. Estas experiencias imaginarias son auténticamente educativas. Como es natural, esta especie de experiencia juega un gran papel durante los años de la infancia: queda intensamente modelada y coloreada por las historias que hayamos leído u oído. ¿No decía Ulises que él era lo que había visto? ¿Y acaso el muchacho no ve realmente, mientras le contáis una historia? ¿Es que no va recorriendo el mundo? ¿Acaso no libra más de un duro combate? ¿Acaso no gobierna más de un buque a través del mar inmenso y azul? Y todavía mucho tiempo después de haber oído la historia, ¿no es él mismo la personificación de su héroe? ¿No lo transforma todo para que se adapte a la puesta en escena de esta historia? ¿No está animado por idénticos impulsos e intenciones que los del héroe de la historia, sea éste bueno o malo? ¿No contempla las cosas desde su punto de vista?

El niño ha ido tomando nota, mentalmente, de la forma como el héroe actuaba en las circunstancias descritas, y se basa en ella como la forma correcta de actuar.

Ha ido tomando nota del resultado de sus acciones, de los efectos que siguen a las causas, y sobre ello fundamenta sus juicios y el baremo de sus aplicaciones, como si los acontecimientos correspondieran a la realidad, y no a la ficción. Las opiniones que él se forma de la vida y de la gente son opiniones tanto imaginarias como fundamentadas en la realidad. Pero, en todo caso, se trata de juicios y apreciaciones que se convierten en realidad integrante del niño: ello nos

demuestra con qué alarmante rapidez los relatos que provocan estos juicios constituyen una auténtica formación del carácter.

Los cuentos despiertan el interés que el niño siente por la vida

Las diversas peripecias de un cuento actúan sobre el espíritu y el corazón del niño de una manera directa y personal; pero eso no es todo. El hecho mismo de oír explicar o leer historias que excitan el ánimo, expansiona el alma y lleva a la realidad; las historias que muestran que la vida merece la pena de vivirse, que hacen ver el mundo lleno de cosas a hacer, a experimentar, a amar, hacen que el niño sienta por la vida un interés más vivo y más consciente.

Al fin y al cabo, ¿no es acaso el interés la clave principal del éxito de toda educación, incluida esta educación del alma que denominamos formación del carácter? Si conseguís que el niño se interese realmente por la vida, podréis orientar ese interés hacia cualquier dirección. Lo único que cuenta es el ardor en interesarse; la indolencia es el mal deplorable que lo detiene todo. Desde este punto de vista, un cuento constituye una influencia excitante que no debe negligirse en la educación del muchacho.

Los cuentos despiertan la ambición

Un cuento no sólo despierta el interés en general. También ocasiona el primer despertar del germen de la ambición que dormita en el corazón de todo hombre: ¡ser alguien y hacer algo valioso! El muchacho percibe esa llamada del clarín heroico; ¿de donde proviene? No, de la calle sórdida, ni del puesto de trabajo o de la fábrica; ni de los periódicos, esos espejos deformantes que sólo ofrecen el lado menos bello de la vida; ni de la escuela, donde la finalidad de toda auténtica educación desaparece demasiado a menudo bajo los medios que se emplean para proporcionar al niño un nivel intelectual; de las conversaciones superficiales del círculo familiar.

De ninguno de esos polos surge esta llamada a llegar a ser y a obrar: resuena, en cambio, alegre y clara, en los cuentos que se narran, y, por medio de ellos, halla su eco en el corazón del muchacho.

Grandes resoluciones

La ambición confusa de obtener un puesto en la vida se despertará a menudo en el corazón del niño a raíz de un relato. A ciertos niños, una historia -sobre todo si es auténtica-, les provocará una gran resolución. Ésta, alimentada en su corazón durante los días soleados de la infancia y los días tormentosos de la adolescencia, puede florecer a la hora de la virilidad en una auténtica vocación hacia un determinado género de vida, ya sea servicio a Dios, al prójimo o al país.

Descubrir el camino, descubrir aquello por lo cual se ha venido al mundo, aquello para lo cual Dios ha preparado nuestra alma, es la mayor felicidad de la vida. En efecto, nada satisface más que encontrarse totalmente en el puesto para el cual uno ha sido creado.

Ideas y principios

Pero, independientemente del caso concreto de una vocación especial, las historias bien elegidas son las que, a través de un trabajo casi imperceptible pero continuado, van construyendo el almacén espiritual del alma del niño, depositando en ella esas nociones fundamentales del bien y del mal, de las que depende el buen orden de la humanidad. Esos principios no pueden aprenderse como una tabla de multiplicar.

Sobre esos principios, como si de cimientos se tratase, los cuentos pueden ir edificando, paulatinamente, un ideal que se elevará hasta el cielo, alcanzando alturas vertiginosas.

¡Cuántos hombres deben el ideal de su vida a historias que oyeron explicar durante su infancia!

Y todo esto -experiencia, interés, ambición, resolución, principios e ideal-, reunido, ¿qué es sino el carácter?

3. DIFERENTES TIPOS DE CUENTOS

Antes de abordar la cuestión de los diferentes tipos de cuentos conviene decir unas palabras sobre algunos principios fundamentales que gobiernan el arte de contarlos.

En el primer lugar, y como cosa muy importante, es preciso que el héroe sea un personaje real -no digo un personaje histórico-, un personaje que, aun siendo tal vez ficticio, posea un auténtico carácter; un hombre cuyos actos tengan el mismo desarrollo lógico y estén en la misma consonancia con las palabras que le prestáis y la descripción que de él hacéis, que la mayoría de los seres humanos. Es preciso que sea un hombre cuyo pasado, cuya infancia, puedan describirse con suficiente autenticidad, y cuyo futuro pueda describirse igualmente; no tenemos por qué elaborar una marioneta, dibujada y vestida para las necesidades del relato, y que no tenga ni pasado ni futuro.

La importancia que tiene la realidad psicológica del héroe, es que éste es -y debe ser- el centro de toda la intriga: es a él a quien deben estar referidos todos los incidentes de la historia; todo debe ser reflejo de su personalidad, y su personalidad imprime ello en todas las peripecias. El interés del relato proviene de la forma como se comporta en cualquier circunstancia, como se desenvuelve en los apuros o trata a las demás personas, de sus puntos de vista, de sus desgracias o de sus alegrías.

Por consiguiente, si vuestro héroe no es más que el compuesto irreal de características irreconciliables, o si no es más que un fantoche, toda vuestra historia queda, por así decirlo, descentrada; la intriga parte de un dato falso y, como consecuencia, desemboca en el absurdo o, al menos, debe desembocar en él.

En muchas de las novelas modernas, los personajes son grotescos maniqués, lo cual resta interés y reduce la importancia de las circunstancias en las cuales aquéllos se encuentran: ninguno de sus actos reviste ningún interés especial, por el hecho de que ellos son sus autores.

Y eso nos lleva a nuestro segundo punto. A menos que la historia sea claramente un cuento de hadas, los acontecimientos -ni que sean maravillosos-, deben ser auténticos. Poco importa hasta qué punto sea discutible si tal héroe ha podido realizar una empresa; lo importante es que la empresa concuerde con el carácter del héroe, que se trate de una empresa que éste hubiera deseado realizar, y que lleva el germen de su verosimilitud. Los detalles e incidentes del relato debe ser reales -tanto si son naturales como sobrenaturales-, y no un tejido de inverosimilitudes.

Otra cosa: la historia no debe tener un doble sentido. Los acontecimientos y los personajes que animan el relato deben actuar y existir por el propio interés del relato, y no por el hecho de comportar un sentido espiritual. En este caso, no explicaríamos historias propiamente dichas, sino parábolas o alegorías. Por mi parte, no conozco más que un narrador de parábolas que, en cada una de ellas, haya explicado una historia verosímil: es el divino narrador, nuestro Señor Jesucristo. Sus relatos son llamados parábolas, pero no son ni simbólicos ni alegóricos. Se trata de auténticas historias, con una moral o unas analogías espirituales, expresadas en términos humanos y verdaderos. Los adultos pueden saborear las alegorías, los niños no. Éstos tienen un sentido demasiado aguzado de la verdad, y en la apreciación del héroe y de la historia, su paladar es demasiado delicado.

Además, los personajes de una narración destinada a los niños deben tener, dentro de lo posible, un carácter noble, feliz y simpático. Una historia que disminuya la estima de un muchacho hacia la naturaleza humana y su caridad hacia la humanidad, puede tener consecuencias dramáticas para su alma.

Los personajes de las narraciones infantiles no precisan ser parangones de perfección. De hecho, conviene que a menudo cometan acciones malas y sean castigados por ellas, o bien que se arrepientan y obtengan su perdón. Hay que velar que lo que está mal no aparezca como demasiado atractivo: lo que debe alejar de él, es su bajeza intrínseca, más que el castigo que lo sanciona. Un muchacho se arriesgará de buena gana a sufrir el castigo por el placer de hacer algo que exija audacia pero, en cambio, dudará cometer un acto que considere como bajo y despreciable.

Éstas son las características más importantes que deben revestir cualquier tipo de historia que narréis.

Veamos ahora los diferentes tipos de narración.

Empecemos por el más simple. La anécdota: puede utilizarse sobre todo para inculcar tal o cual punto moral práctica. La anécdota carece de intriga, no es más que la historia de un incidente; por tanto, debe ser muy corta -nada más grave que una anécdota que se arrastre durante largo rato. Debe tener algo de chispeante, rasgo de humor o emoción, de heroísmo o ingenio.

Luego viene la historieta: Este género ofrece mayores recursos para la formación del carácter de los oyentes, y satisface mejor las necesidades del niño. Una “historieta” no es un fragmento de una historia más larga. Por lo tanto, debe poseer, como toda historia, y adaptada a sus exigencias, una intriga, la descripción del cuadro y de los personajes (a fin de establecer las imágenes mentales que se buscan), y la sucesión normal de la entrada en materia, de una crisis y de un desenlace.

Finalmente, la novela: éste es el nombre que los lobatos dan a los cuentos largos. La intriga debe ser más complicada en acontecimientos, pero igualmente clara. Debe dar lugar a una serie de aventuras, cada una de ellas formando más o menos un todo en sí misma, pero todas ellas bien relacionadas entre sí, así como con el héroe. Es preciso que exista una cierta dosis de misterio. Hay que prever un comienzo, luego la crisis y un desenlace bastante rápido.

Las novelas, o “grandes cuentos”, son, naturalmente, más útiles que las “historietas”; permiten dibujar más claramente y más profundamente con él, puesto que se convierte en un amigo al que se sigue a través de múltiples aventuras, en vez de un simple conocimiento.

Esta idea se desarrolla más en lo que, en lenguaje literario, se denomina el ciclo. Hay, por ejemplo, el ciclo de la selva, el ciclo piel-roja, el ciclo lobato.

Me siento inclinada a creer que el ciclo resulta incluso superior a una serie de largas historias, sin relación entre sí. Establece una corriente de pensamiento que embarga de manera más real el espíritu y la imaginación del niño, satisfaciéndole más, estimulando su propio pensamiento, tiñendo de color la mirada que éste lanza a la vida, e imprimiendo en él unos principios más duraderos.

Al evocar mi propia infancia, recuerdo muy bien los ciclos de historias que ocuparon mi imaginación. Era, por ejemplo, los héroes griegos, Jasón, Perseo y otros. Hubo un tiempo en que sólo pensaba en caballeros, y en que sólo veía las cosas desde el punto de vista de los bravos hombres del rey Arturo. En otra época, todos los bosques eran, para mí, el bosque de Sherwood. El estudio maravillosamente fiel que Shakespeare hizo de la naturaleza humana, creando sus personajes de carne y hueso, me había impresionado mucho antes de que fuese capaz de comprender ideas abstractas sobre la vida; porque conocer Malvolio o Shylock en persona, y ver lo que les sucedió, es mucho más instructivo que muchos sermones o lecciones.

4. LA FORMA DE EXPLICAR

Llegamos ahora a nuestra última parte: la forma de explicar.

Resumiendo los puntos a tener en cuenta, son los siguientes:

- Antes de empezar, es preciso que conozcáis la historia, bien sea simplemente el hilo de la misma y las grandes líneas que la conducen, si tenéis suficiente imaginación para inventar los detalles a medida que avanza la narración, bien sea con todo detalle, si carecéis de imaginación. Lo importante es estar bien seguro de lo que va a llegar; detenerse y no saber dónde os encontráis, destruye toda la ilusión. Los lobatos, siempre generosos, han hecho de vosotros el ser superior que ha sido testigo ocular de los acontecimientos maravillosos que les explicáis, o de los que es el omnipotente creador. Los testigos oculares y los creadores deben saber el final de la historia, y deben poseer un convencimiento entusiasta. Fallar en eso, es caer del pináculo donde los lobatos os habían situado, y desanimados completamente.
- Luego hay que poner en la historia el mismo interés que el que ponen los niños; la suerte del héroe debe emocionaros e impedir os respirar, al igual que ellos; y ello no debe representar ninguna dificultad. En realidad, explicar un cuento tiene que ser mucho más emocionante que escucharlo: ¡y tanto! ¡En vuestras manos está la suerte del héroe!
- Lo que describís, hay que verlo como una película que se desarrolla ante los ojos de vuestra imaginación; no hacéis más que describir lo que pasa, y los niños también lo ven. El arte de todo narrador se basa en esta facultad de representación de las cosas.
- Además, por muy profunda que sea vuestra convicción personal sobre el valor de las narraciones como agentes de formación del carácter, es preciso que las expliquéis por sí mismas. Si es lo que debe ser, ya acarreará por sí misma su lección. Quiero decir que no tengáis segundas intenciones, ya que su sombra se proyectaría sobre el placer que se experimenta en explicar la historia, y, en consecuencia, sobre el de los lobatos que la escucharán. No intentéis producir otro efecto que el de una agradable emoción y un interés intenso. La historia no debe “contener” ninguna moraleja, ni acarrearla. La moraleja debe ir con toda la historia: es decir, que ésta debe representar algo vivo, humano y real, hasta el punto que merezca la pena de explicar toda una historia a propósito de ello.
- Al narrar, pensad solamente en los niños que tenéis ante vosotros, conducid todos vuestros esfuerzos en convertir la historia en algo real; no penséis en aquel auditorio teórico ante el cual habíais imaginado contar la historia... si os dais cuenta de que estáis fatigando a los niños por vuestro modo de contar, hay que cambiar de forma, hasta que captéis de nuevo su atención.
- Nada de generalidades. Ateneos a los detalles que se encadenan unos con otros, formando un todo: una historia puede estar dividida en un gran número de episodios como un film; pero cada episodio debe estar bien detallado, y no consistir en una seca enumeración de hechos.
- Al llegar a la “crisis”, una vez que hayáis elevado la atención de los oyentes a su punto culminante, explicad la conclusión con brevedad: se puede decir que los lobatos se han visto animados por la excitación provocada por el relato, y el desenlace afloja el resorte, y

“descienden” rápidamente. Un final que se alargue destruye el efecto de vuestra narración y, en una forma u otra, los que siempre “murmuran” os forzarán a terminar. He visto niños que se levantaban y se marchaban, una vez extinguido el punto culminante de la historia; se debía simplemente a que eran incapaces de continuar tranquilos durante una perorata inútil. En modo alguno pretendían actuar con descortesía.

- Finalmente, que vuestro cuento no incluya nunca nada que no sea necesario. Los detalles serán siempre útiles y apreciados.

Pero los lobatos son verdaderos maestros en el arte de narrar. Yo creo que poseen un sentido literario instintivo. Los detalles que no influyen realmente en la situación, les molestan; por ejemplo, no hay que alargar la descripción del carácter de un personaje, a menos que exista una estrecha relación entre su carácter y los acontecimientos; es inútil la descripción de objetos e incidentes sin influencia directa o indirecta en la intriga. Todo ello no es más que indicaciones de juegos de escena que no hacen otra cosa que congestionar el escenario.

Narrar es un don innato, o un talento que se desarrolla mediante mucha práctica. Y el talento de narrador no se forma con reglas, si bien algunas reglas pueden ayudar a adquirirlo.

CAPITULO XII

LA FORMACION ESPIRITUAL

Llegamos, finalmente, a la cuestión del desarrollo espiritual de los lobatos. El orden seguido con los capítulos implica que se estudie aquí, en último término, pero, de hecho, interviene continuamente desde el inicio de la formación del lobato, conscientemente o no.

Todo muchacho está creciendo y desarrollándose continuamente (o no crece ni se desarrolla) en tres direcciones: físicamente (en su cuerpo), intelectualmente (en su inteligencia) y espiritualmente (en su alma). Nuestro lobatismo pretende ayudar este triple crecimiento.

Para cumplir adecuadamente nuestra tarea de jefes de manada, tenemos que comprender muy claramente los principios sobre los cuales se basa.

Hasta ahora hemos hablado del crecimiento natural del niño, estudiando la forma como el lobatismo puede captarlo, luego establecer en él unos hábitos buenos, y finalmente, entrenar, fortificar y desarrollar su voluntad, su espíritu, sus aspiraciones. Todo cuanto hemos descrito apunta a la formación de un muchacho bien preparado para enfrentarse con el mundo, para tener éxito en la vida y ser un buen ciudadano.

Ahora volvemos la mirada hacia el lado de su formación que no concierne tanto a su éxito en esa vida y su calidad como ciudadano de los estados de este mundo, como a su éxito en la vida futura, y ya desde ahora a su calidad como ciudadano del Reino de los cielos. Para quien quiera reflexionar sobre ello, ni que sea superficialmente, resulta evidente que esto es lo más importante: lo que está en juego es la eternidad y no tan sólo el tiempo, son las relaciones de un alma con Dios, y no solamente con sus semejantes o su patria.

A primera vista, la idea que se presenta al espíritu es la de “religión”. Para mucha gente el término “religión” está inextricablemente ligado con los de “catecismo” y “sermones”. Como ya he indicado antes, no será eso lo que trate aquí. Intentemos comprender el significado esencial de religión, y emplearlo en el sentido propuesto por san Agustín, cuando la hace derivar de religare, “atar”, escribe: “La religión nos ata al Dios único, todopoderoso.”

Dado que intentamos darnos cuenta de las posibilidades que el lobatismo profundo ofrece a la religión, he aquí cuatro puntos que nos conviene tener bien claros:

- La virtud de la religión no consiste tan sólo en cumplir determinadas prácticas en unos momentos dados, ni en saber de memoria el catecismo; si no que consiste en una voluntad recta en las relaciones del alma con Dios, y ello, en todos los momentos del día y en todas nuestras ocupaciones.
- La formación espiritual no consiste en hacer entrar las verdades religiosas en el espíritu, de manera periódica, como quien va hinchando el neumático de una bicicleta. Lo que se

precisa es una formación completa del alma y del cuerpo, a fin de ayudar al individuo a cooperar con la gracia de Dios, que trabaja en él.

- El alma del niño no puede separarse de éste -como un traje de los domingos-, y de la cual se ocuparán en los momentos adecuados, piadosas personas igualmente adecuadas. El alma del niño es el niño mismo, y todo el mundo, en todo momento, actúa e influye sobre él.
- Sólo hay una finalidad auténtica en la vida; todo cuanto hacemos tiende hacia esta finalidad o se aleja de ella; esta finalidad es el cumplimiento de la voluntad de Dios.

En resumen, cuando dirigimos una manada estamos trabajando con Dios sobre las obras más bellas salidas de sus manos, las almas de los niños; y ello no solamente durante el catecismo, sino en el campamento, en el juego, en todas partes y en todo instante.

Por lo tanto, en nuestras relaciones con el lobato, debemos recordar que todo cuanto le afecta como niño, afecta e influye a un ser inmortal, cuya razón de ser es conocer, amar y servir a Dios. El sacerdote le enseña lo que debe creer acerca de Dios y le instruye en el cumplimiento de los deberes para con él, pero son sus padres y nosotros quienes tenemos en las manos la formación del muchacho, es decir, del ser que debe crecer y practicar todo eso. Toda la formación que damos es, pues, la de un ser que posee una vida sobrenatural y que, por consiguiente, puede considerarse como “formación espiritual”. Admitiendo que al intentar transformar un niño en lobato, llevamos a cabo realmente una formación de este género, ¡cuánto debe ser el cuidado que pongamos en cumplir perfectamente nuestra tarea! ¡Cuán importante es tener presente en nuestro espíritu este hecho, nuestra responsabilidad y el honor que recae en nosotros! ¡Cuán necesario es insistir, exigir siempre y en todo lugar que el lobato haga lo mejor, incluso en las cosas insignificantes!

Tal vez os preguntéis con escepticismo hasta qué punto el lobatismo ejerce tal influencia.

Intentemos analizarlo, situándonos desde el punto de vista de sus resultados probables.

La vida sobrenatural, hablando llanamente, puede dividirse del siguiente modo: cumplimiento por parte del hombre, de sus deberes hacia Dios, comprobación por parte del hombre de lo que es Dios y de que todo le pertenece.

Es evidente, además, que un buen lobato está mejor preparado para cumplir sus deberes profanos que un muchacho que no haya sido formado. Por consiguiente, el lobato también cumplirá sus deberes religiosos con devoción y fidelidad.

Nuestro propósito es que el niño posea una religión real. Lo que equivale a decir, en pocas palabras, que es preciso que conozca, ame y sirva a Dios, que resista a la tentación de “hacer el mal”, y que “haga el bien” por amor a Dios, en resumen, que en todo cuanto constituye su vida, el niño conceda a Dios y a sus deberes para con él una atención muy especial. Por encima de todo, debe temer separarse de Dios, cometiendo el pecado; debe saber cómo debe actuar para

volver a ser amigo suyo, si tiene la desgracia de apartarse de él. Debe tener una fe clara y precisa acerca de Dios y de las relaciones del hombre con Dios, y debe conformar su vida a las exigencias de su fe.

Todo eso no existe ni crece por sí solo en el niño. “Nadie puede venir a mí si el Padre no le trae” (Jn 6,44), dice Cristo. Es la obra de la gracia en su alma, o en otros términos, del Espíritu Santo. Pero el Espíritu Santo no violenta jamás el alma humana.

Un don precioso, común a todos los hombres, es el libre albedrío. Para llegar a vivir la vida del hijo de Dios, el hombre debe colaborar con el Espíritu Santo. Y el bautismo tiende a apartar los obstáculos que se oponen a la gracia, prepara los caminos, fortalece la voluntad, educa los sentidos y la inteligencia, mantiene viva la llama de las buenas intenciones e insiste en la entrega efectiva al prójimo. De ahí que se confíe ver un bautismo que coopera fielmente con la gracia que el Espíritu Santo no deja jamás de derramar sobre quienes obran sinceramente “siempre mejor”.